CAPITULO XXVI

Hermanos en ideas

Al barquero no satisfacía mucho el laconismo del viajero; pero confiaba en que más tarde ó más temprano éste satisfaría su curiosidad, pues para él no cabía duda que se trataba de algún misterio.

¿Cómo se iba aquel caballero á emprender un viaje á pié por una carretera, y con un tiempo tan malo?

No sin fijarse otra vez en su huésped como si en su fisonomía y en su traje quisiera descubrir la incógnita que buscaba, el barquero se fué á buscar leña y pocos instantes después volvía con un gran montón de sarmientos y dos gruesos troncos.

En tanto que colocaba éstos en el hogar, el barquero dijo á Andrés:

—¿Sabe usted, caballero, que se necesita tener gran

precisión de viajar, para ponerse en camino con este tiempo?

—Sí,—repuso el interpelado.

—Y crea usted,—siguió diciendo el barquero,—que si yo no fuera como Dios me ha hecho, antes de tenerle á usted á aquí, me miraría mucho.

—¿Por qué?—preguntó Andrés afectando gran naturalidad.

—¿Que por qué? Pues figúrese usted que tuviera yo delante un espía,—dijo el barquero sondeando con su mirada la fisonomía del viajante.

—¡Un espía!—exclamó éste con extrañeza.

—Sí, señor, un espía. ¿Qué le asombra á usted? Pero, por supuesto, que á mí todo me tiene sin cuidado.

No me oculto para decir todo lo malo que se me antoja de estos patriotas que nos arruinan y tiranizan, y si no fuera porque ya está uno algo viejo y cascado ¡por vida de Espartero! que no sería yo quien estuviera aquí guardando la barca.

—¿Luego usted es progresista?

—¡Qué si soy progresista! Bien se conoce que usted no ha venido nunca por aquí: el tío Juan, el Marino como me dicen, es más liberal que Riego, y lo tengo muy probado.

Aquella declaración del barquero infundió gran confianza á Andrés; pero sin embargo, se guardó mucho de descubrirse, no fuera que cometiese una imprudencia.

—Vamos, caballero,—le dijo el barquero,—ya tenemos

el fuego encendido, aproxímese usted, y séquese y caliéntese si gusta, mientras yo veo que cena puedo ofrecerle. Soy pobre; pero de mi casa no saldrá nadie que pueda decir que no he cumplido con los deberes de hospitalidad.

Yo no le pregunto á usted quién es, de dónde viene ni á dónde va: que sea usted moderado ó que sea progresista me da lo mismo; es usted mi huésped y basta para que yo no le niegue lo que tengo, aunque sea bien poco.

Esta nobleza del barquero impresionó á Andrés, el cual rompiendo la reserva que se había impuesto, dijo al barquero:

—Amigo, me complace su proceder dignísimo, y crea usted que jamás olvidaré su comportamiento conmigo.

Hoy nada valgo; quizá un día, cuando cede este estado de cosas y brille la luz de la libertad podré demostrar á usted mi reconocimiento, y recompensarle el servicio que hoy me presta.

El barquero al oir aquellas palabras por poco deja caer la botella que iba á colocar sobre la mesa, que estaba inmediata á Andrés.

—¡Por vida de mi madre! Ya decía yo que usted era más liberal que yo cristiano. No sé por qué me lo había figurado, y ¿quiere usted que le diga más? Pues al verle á usted caminando á pié y á estas horas por aquí, hasta he pensado que le persiguen.

Pero si así fuera pierda usted cuidado que antes que le toquen á la ropa, se las habrán tenido que entender conmigo.

—Acaso no esté usted equivocado, —repuso Andrés mientras llenaba un vaso de vino de la botella que le había llevado el barquero.

—¿De veras? Pues pierda usted cuidado, mi amo: que si llegan, no se reirán de nosotros esos perros.

—No creo que vengan. Pero de todos modos por si por casualidad algún día preguntara alguien por mis señas, diga usted que no me ha visto jamás.

—Descuide usted, mi amo, antes me arrancarán la lengua, que yo diga una palabra.

—Ahora y puesto que nada tengo que temer de la discreción de un compañero de ideas, voy á hacerle algunas preguntas.

—Y yo á contestarlas con mucho gusto.

—Usted por razón del oficio que tiene conocerá á todos ó á casi todos los vecinos de los pueblos inmediatos ¿no es cierto?

—Así es.

—Entonces es probable que conozca á un tal Tomás Romero, que vive en Fuente el Sax.

—¿Tomás Romero? Pues no he de conocerle, hoy mismo ha pasado por aquí de vuelta de Madrid, y por cierto que hemos echado un buen párrafo y hemos bebido un par de copas, porque por más que él tenga sus ideas y yo las mías, es una buena persona y yo le quiero. ¿Qué quiere usted saber de Romero?

—Poca cosa. ¿Qué clase de persona es?

—Muy buena y honrada á carta cabal.

—¿Moderado?

—Sí, señor. Es concejal ahora del Ayuntamiento; pero esto no quita para que sea un buen hombre.

Andrés no pudo menos de hacer un gesto de desagrado al saber que la persona en cuya busca iba estaba afiliada al bando enemigo, y ocupaba un puesto oficial en el pueblo.

Sin embargo, le costaba trabajo rehusar á la esperanza que le había hecho dirigirse en busca de su antiguo conocido, y haciéndose cargo de que ésta no era razón para que desistiera de su tentativa, decidió proseguir sus indagaciones aun cuando esto le costara el descubrir algo de su pasado y de su situación presente al barquero.

¿Después de todo qué inconveniente había en ello, cuando éste era un entusiasta liberal y un hombre de bien á carta cabal según se desprendía de su proceder para con él?

Andrés hizo sentarse al barquero y leyendo por última vez en su fisonomía, una vez que adquirió el convencimiento de que nada tenía que temer de aquel hombre, le dijo:

—Amigo mío, no se ha equivocado usted en sus suposiciones. Soy en efecto enemigo de esta situación á la cual

he procurado derribar al frente de mis compañeros y vengo huyendo de la policía, que hoy mismo ha intentado prenderme. Esto le explicará verme caminando á pié y á estas horas.

Voy en busca de un albergue seguro. Soy capitán del ejército.

—¡Ah! mi capitán. Ya decía yo que usted era militar y un gran hombre,—exclamó entusiasmado el barquero.—¿Dice usted que va en busca de un albergue seguro? Pues ya lo ha encontrado usted. Ese albergue es mi casa. De aquí no saldrá usted mientras quiera permanecer á mi lado y crea usted, se lo juro que antes me harán pedazos á mí, que toquen á uno solo de sus cabellos.

—Gracias, amigo mío; pero no me es posible aceptar su generoso ofrecimiento.

—¿Y por qué?—preguntó con sincera expresión de tristeza el barquero que se creyó despreciado por la negativa de Andrés.

—Por varias razones. Esta casa es de mucho tránsito y me vería expuesto á ser conocido y delatado. Sus ideas serían un nuevo motivo de sospecha, y por último, por lo que veo, es demasiado reducida la casa y yo quisiera en el sitio donde me esconda poder tener á mi mujer á mi lado para que juntos corramos la suerte.

—Tiene usted razón, mi capitán; pero ¿á dónde va usted á dirigirse?

—A casa de Tomás Romero, por quien hace un momento le he preguntado.

—¿Usted conoce á Tomás?

—Sí; pero después de lo que me ha dicho usted no he de dar el paso que pensaba sin recibir sus consejos.

—¡Mis consejos!—exclamó asombrado el barquero.

—Así es. Necesito conocer á fondo á ese hombre y tener la seguridad de que no ha de ser infructuoso el paso que doy y al efecto voy á referir á usted mis relaciones con él.

Luego si usted me dice que acuda á él acudiré: si no lo cree práctico regresaré á Madrid y una vez en la corte veré el medio de salir de esta situación.

—Tomás es muy buen sujeto.

—Eso no basta. Yo no sé si usted recordará que hace algunos años, el hijo de Romero cayó soldado.

—¡No me he de acordar! Fué una pillada del tío Blas; pero no fué á servir al rey, porque Tomás acudió á un señorito de Madrid, hijo de un marqués, un santo, y el tal señorito removió Roma con Santiago y libró al chico de Tomás.

Mi amigo no ha olvidado á aquel señor, y no pasa día sin que recuerde lo que en aquella ocasión hicieron por él.

—¿De veras?—exclamó Andrés con visible alegría.

—Y tan de veras, que hoy mismo me ha repetido por centésima vez la historia.

—Diga usted. ¿Y si el hombre que le hizo aquel pequeño favor se presentase á él diciéndole: «Necesito que me recojas en tu casa por unos días: va en ello mi vida y mi felicidad.» ¿Cree usted que se negaría á ello?

—Nunca. Pero ese caballero es usted, ¿no es verdad?— preguntó el barquero.

—Yo soy, — repuso Andrés. — Ahora dígame usted. ¿Debo ir á casa de Tomás Romero?

—¡Que duda cabe! No su casa que usted le pidiera, la vida que exigiera de él, la vida le daría mi amigo.

—En esta seguridad voy entonces al pueblo.

—Y yo le acompañaré.

—¿Y la barca?

—Ya buscaré quién se quede en ella.

Pero la noche se pasa, mi capitán y yo; ¡bruto de mí! nada le he dado de cenar, ni me he cuidado de prepararle la cama. Perdóneme usted. Voy en seguida.

—No se incomode; pasaré aquí la noche junto al fuego.

—¡No en mis días! Voy á ver que hay que comer, y mientras cena le prepararé mi cama; no hay otra.

—No se tome esa molestia porque es inútil, no pienso dormir.

—Como usted quiera. Entonces voy á darle de cenar y á servirle una botella de un vino que tengo guardado hace muchos años.

—Eso es distinto,—dijo Andrés, y mientras el barquero preparaba la cena que consistía en un par de huevos pasados por agua y una loncha de jamón, Andrés recostado sobre la mesa, veía como las llamas se entrelazaban é iban á ocultarse por la chimenea por donde arrojaban el negro humo que el sarmiento producía.

Una hora después Andrés había cenado, infinitamente mejor que pensaba, y la alegría y satisfacción que experimentaba le hizo algún tanto comunicativo con el barquero, á quien le habló con pasión de Blanca.

—¡Ah! La adoro, amigo mío, la adoro.

Es imposible que haya en el mundo una mujer más buena, más cariñosa, más digna de ser amada que ella. ¿Usted no ha amado nunca?

Al oir esta pregunta, el barquero ahogó un débil quejido y á sus ojos asomaron dos lágrimas, que él se apresuró á secar, como si aquellas gotas de agua abrasaran sus mejillas.

No pasaron inadvertidas para Andrés aquellas silenciosas lágrimas que revelaban la expresión de un dolor mal adormecido y procuró excusarse de la indiscreción que sin duda acababa de cometer con su pregunta.

—Dispense usted,—dijo al barquero, —si he sido indiscreto. No pensé...

—No, mi amo, al contrario; he experimentado un placer, muy triste, pero placer al fin porque me he sentido rejuvenecer al contacto de esas lágrimas.

¡He sufrido tanto, que creía secar mis ojos! pero soy feliz al ver que todavía me quedan lágrimas para llorar á aquella infeliz.

—¿Ha sido usted desgraciado?

—Mucho: más que nadie pueda serlo. Pero ¿no se acuesta?

—No: ya le he dicho que pienso pasarme aquí la noche.

—En ese caso le acompañaré y procuraré que el tiempo no se le haga demasiado penoso en compañía de un pobre barquero.

—Fácil le es á usted conseguirlo.

—¿De veras? En ese caso dígame usted que he de hacer.

—Explicarme la causa que motiva esas lágrimas que pretendió usted ocultarme.

—Es una añeja historia, sin interés acaso.

—Sin embargo, yo me creería dichoso oyéndola. Así pasaríamos la velada.

—Sea por complacer á usted. Pero permítame que traiga otra botella y que beba en su compañía. ¿Consiente usted en dispensarme esta honra?

—¿Podrá usted dudarlo?

El barquero desapareció y á poco volvió con una botella. Sirvió un vaso á Andrés, se llenó el suyo que apuró de un trago y mirando á su huésped, dijo:

—Es una historia de mi país, bastante triste; pero creo que le entretendrá. ¿Empiezo?

—Ya le escucho con verdadero deseo.

El barquero comenzó su relato de la manera que consignaremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXVII

Como se vive se muere

Vamos á tratar de un marino tan pobre como honrado y á quien las olas encrespadas del Cantábrico parecían respetar como los hijos obedientes y buenos respetan á sus padres.

Sus actos de salvamento realizados en circunstancias difíciles, su arrojo y su profundo conocimiento del oficio habían hecho que su nombre fuera conocido en toda la costa del Cantábrico, quizá injustamente; pero en fin, el hecho era que no había hombre de mar en muchas leguas que no le conociese.

Juan, supongamos que se llamaba así;—siguió diciendo el barquero,—se mantenía soltero á pesar de sus treinta años.

Hasta entonces no había tenido más amores que su *Perla*, hermosa y soberbia barca de pesca, sus redes y aparejos y aquel mar azul y sonriente en la calma, plomizo, sombrío y agitado en la tempestad que era, por decirlo así, su elemento.

Juan, no había, pues, corrido ninguna borrasca en tierra. Sin duda presentía que las tempestades del alma suelen ser más largas y más terribles que las del Océano, y que hay más profundidades en el corazón del hombre que en el insondable abismo del mar.

No obstante aquel vacío, que Juan no sentía, mi hombre era feliz.

Pero una tarde, yo no sé cómo ni cuándo tropezó en la playa con una joven á cuya vista se turbó ¡él que veía impasible el fragor de la tormenta! y desde entonces el hombre perdió el cuaderno de bitácora y no acertaba á maniobrar por temor de una embestida.

Juan conocía que amaba y huía del peligro; pero huía acercándose como huyen los enamorados.

Verdad es que no era extraño que mi hombre anduviera trastornado desde que vió á Elena. Era ésta rubia como el sol: sus ojos tenían el azul riente del mar en tiempo de calma y brillaban entre las sombras de sus largas pestañas, como el faro que en lóbrega noche de tempestad anuncia al navegante la proximidad del ansiado puerto.

Su cuerpo gentil se movía airoso y gallardo como la

gaviota se mece sobre la superficie tranquila de las aguas; y su blanco y nacarado rostro, ligeramente curtido por el sol y la brisa impregnada de sales marinas, tenía todas las perfecciones de la belleza.

No sé cómo ponderar á usted la hermosura, el encanto de aquella mujer.

—¿La conoce usted?—preguntó Andrés dejando ver una sonrisa maliciosa.

—Sí,—repuso el barquero, confuso,—la ví varias veces.

Pero continúo el relato de mi historia tanto más cuanto que veo me escucha con interés, prueba de que le ayudo á usted á pasar lo menos mal posible la velada.

Decía que Juan estaba enamorado y que acabó por perder la brújula y casarse con Elena.

No hay en el mundo felicidad comparable con la que él disfrutó durante los primeros años de su matrimonio.

Amaba á Elena con la impetuosidad de su alma ardiente y entre este amor y el que tenía á su oficio, deslizábase tranquila su existencia.

Sin embargo, está visto que no hay bien que cien años dure y que la felicidad es ave de paso.

Juan tenía un primo sirviendo en la armada, al que

quería como á un hermano, y cuando cumplió el tiempo de la matrícula volvió al calor de Juan que le abrió de par en par sus brazos y su casa.

Es decir, aquel ciego abrió las puertas al cuervo que había de destrozar su corazón.

¡Ah! cuando recuerdo... Pero, permítame usted, capitán que beba un trago: tengo la garganta seca de tanto hablar.

Don Andrés fijó su vista en el barquero y en sus ojos vió brillar una lágrima. Aquella expansión del barquero había removido las cenizas de su amor muerto y sufría.

Elena y el primo de Juan se amaron. ¿Desde cuándo? No lo sé; pero se amaron, destrozaron la dignidad y los sentimientos de aquel hombre que sólo bien á los dos había hecho. ¡Infames! El pobre marino nada sabía y vivía confiado y dichoso.

Una tarde calurosa y sofocante del mes de Agosto, mientras el pobre marido dormía á la sombra de la verde parra que cubría la entrada de su casa, los infames aparejaron la barca y se lanzaron al mar alejándose de la playa.

Los infames iban á gozar en la soledad del mar los encantos de su culpable amor. ¡Ah! ¡cuánta perfidia encierra el corazón humano!

Declinaba la tarde cuando negros nubarrones amontonados en el horizonte como masa de montañas avanzaron en el espacio con rapidez vertiginosa.

De su oscuro seno preñado de electricidad, se escaparon al principio algunos relámpagos que fueron menudeando hasta semejar un incendio tanto más espantoso cuanto que iba acompañado de formidables truenos.

El límpido azul de las aguas del mar se enturbiaron y adquirieron un color verde sucio casi plomizo, reflejo de las negruras del cielo.

El viento que había quedado en calma empezó á soplar con violencia. El mar antes tan apacible y tranquilo, se encrespaba por momentos y todo hacía esperar una de esas terribles tempestades de verano.

La playa se vió cubierta de lanchas que regresaban presurosas: sólo faltaba una, la *Perla*.

Juan, inmóvil, miraba desde la orilla el furor de los elementos y buscaba ansioso con la vista su barca querida.

Al fin la divisó allá como un punto negro en el fondo ceniciento del mar, luchando con las olas que parecían burlarse de su fragilidad.

Juan sonreía viendo aquella lucha, sonreía, y sin embargo era su barca y en ella iban su mujer y su primo.

No pude sufrir más y grité ¡una lancha! Salté á ella, así los remos con furia loca y me lancé al mar.

Si espantosa era la lucha que sostuve con las olas, más

espantosa, infinitamente más terrible era la que en mi corazón había estallado.

Aquel paseo por el solitario Océano, fué la comprobación de un rumor que acababa de llegar á mis oidos. ¡Elena me engañaba!

Remé con desesperación, con tal fuerza, que las olas, la tempestad misma cedía admirada de mi arrojo.

Y yo avanzaba, avanzaba, burlándome del mar que se atrevía á disputarme el terreno que de mi *Perla* me separaba.

Por fin, los vi. En el fondo, Elena, la infame Elena, abrazaba á mi primo, medio muerta de terror parecía la estatua de la desesperación y del dolor.

Yo creo que en aquel supremo instante su conciencia le reprochaba la fealdad de su conducta; pero así y todo, no sé por qué me parecía comprender que más que su desdicha, temía la desgracia de su amante.

Las olas inundaban la barca, el timón hecho trizas no gobernaba ya, y de un momento á otro todo habría acabado.

Yo miraba á los culpables y en el fondo de mi corazón se libraba cruel batalla. ¿Los dejaba morir para que expiasen su crimen?

Pero, no; era mejor salvarles y luego... luego...

En aquel momento mi cerebro funcionaba como las olas... Estaba loco. No lo pensé más, remé con todas mis fuerzas y llegué á mi barca saltando á ella. Lo que mi rostro revelaba no lo sé. Elena lanzó un grito terrible.

Sin duda el espanto y los remordimientos despertaban en ella. Mi primo no se movió.

Nada les dije: ocupé el banco y remé desesperado para salvarlos...

De pronto, mi primo se incorporó, se arrojó á mi cuello: depositó un beso en mi frente, y gritando ¡perdón! se arrojó de cabeza al mar.

Yo no pude darme cuenta de aquello: y quedé contemplando la ola que le arrastraba envuelto en sus ondas. De mi abstracción me sacó otra voz, que digo voz, un suspiro que murmuraba.—¡Juan perdóname!...

Cuando volví el rostro, Elena había también desaparecido.

¡Fué á reunirse con su amante en el fondo del mar! La idea del suicidio pasó por mi mente; pero la rechacé. ¡Así mueren los culpables! pensé.

Los justos no podemos tener el mismo fin.

Y redoblé mis esfuerzos y llegué á la orilla.

La *Perla* y yo nos habíamos salvado.

¿Qué fué de mi vida luego? No lo sé. La existencia me pesaba. En aquel mar enfurecido habíase enterrado mi dicha. Llegué á odiar mi barca tan amada, la playa tan querida, y huí un día para venirme á Madrid y á la vuelta de años y años de sufrir y padecer con aquel terrible re-

cuerdo, aquí estoy á orillas de este riachuelo: lleva tan poca agua que no es fácil me recuerde mis pesares, y sin embargo aquí sigo siendo marino, pero de agua dulce.

La del mar es demasiado amarga. ¡Como que en ella vertí las lágrimas de mis desengaños!

Don Andrés, aun cuando el barquero había guardado silencio no se atrevió á pronunciar una palabra. Respetaba el dolor de aquel pobre hombre tan digno de mejor suerte.

El barquero sacudió con fuerza la cabeza para desechar sus recuerdos, y agitando en el aire la botella, exclamó:

—Con su permiso, capitán, este vino calma las penas. —Y de un trago consumió lo que quedaba en la botella, diciendo luego:

—Creo que le he entretenido agradablemente. ¡Qué demonio! Cada hombre es una novela andando, y crea usted que no es solo en la clase alta donde se desarrollan los dramas de amor.

También los pobres amamos y sufrimos, y sino que lo diga este pobre barquero.

CAPITULO XXVIII

Quien bien siembra, bien recoge

La lluvia había cesado, y al despuntar la aurora, en el horizonte no se distinguía la más ligera nube.

El Jarama se precipitaba en su cauce con más rapidez, arrastrando mayor cantidad de agua y apagando con el ruído de la corriente el gorjeo de los pajarillos que en las copas de los árboles saludaban al nuevo día con sus cadentes trinos.

Por la única ventana que la casa del barquero tenía, penetraba la tibia luz del día, indicando á Andrés que había llegado la hora de emprender nuevamente su camino.

Aunque el barquero se había ofrecido á acompañarle á Fuente el Sax, Andrés rehusó el ofrecimento para no retardar su llegada al pueblo en el que quería entrar á pri-

mera hora para ser visto únicamente por los más madrugadores.

En su consecuencia se despidió del barquero ofreciéndole no olvidar nunca el favor tan grande que le había hecho, y luego que se hubo enterado de las señas de la casa de Tomás Romero, para no tener que preguntar á nadie en el pueblo, pasó el río y emprendió á pié el camino de Fuente el Sax, que no podía ser ni más ancho, ni más llano.

Desde la Barca de Algete, hasta el pueblecillo á donde Andrés se dirigía no hay más que unos tres cuartos de legua y nuestro viajero, que había repuesto por completo sus fuerzas, no había pasado una hora desde que se despidió del barquero, cuando penetraba en la casa, que, á juzgar por las señas que le habían dado, debía ser la que buscaba.

Esta estaba situada á la entrada del pueblo y Andrés tuvo la suerte de que nadie absolutamente le viese llegar.

Una vez á la puerta de la casa donde iba á pedir hospitalidad, como aquélla estaba abierta, no tuvo más que penetrar en la cocina, que era la primera pieza que pasado el portal había.

Agachada junto al hogar donde se veía una buena lumbre estaba una mujer preparando el almuerzo, la cual al ver entrar á Andrés se incorporó mirándole de manera que parecía decirle «usted se ha equivocado.»

Andrés, después de dar los buenos días, preguntó si vivía allí Tomás Romero, y todavía no le había contestado la buena mujer cuando sintió Andrés el peso de una mano que se posaba en su hombro y al volver el rostro se encontró delante de la persona por quien preguntaba.

—¡Usted aquí, señorito! ¡Es posible!—exclamaba el buen hombre sin saber cómo demostrar su asombro y su alegría.

¡Dios mío que sorpresa tan grande!... ¿Pero qué haces Manuela que no te arrodillas delante de este señor? ¿No has dicho cien veces que darías diez años de vida por hacerlo? ¡Ahí le tienes, mujer! éste, éste es el que nos libró al chico...

La pobre mujer estaba que no sabía lo qué le pasaba, y no era menos la turbación del amo de la casa.

La situación no podía prolongarse más tiempo, y Andrés se apresuró á contener el entusiasmo del padre, diciendo:

—Nada tienen ustedes que agradecerme. Hice lo que el deber me trazaba. Pero no hablemos de eso.

Necesito que me prestan ustedes atención algunos momentos. Vengo á pedirles un favor.

—¡Usted á pedirnos un favor! ¡Está usted loco! Vendrá usted á mandarnos que hagamos cuanto usted quiera.

Dígame «Romero, necesito que te cuelgues en una encina y me cuelgo, cierto como me llamo Tomás.» Mire usted, señorito; yo no tengo más que una condición buena.

la de ser agradecido y, como lo soy, aquí tengo en el corazón la acción que me hizo. Conque, mándeme usted rodar y rodaré.

—Gracias, amigo mío, no esperaba yo menos de usted, —dijo Andrés.—Pero, sin embargo, el favor que voy á pedirle pudiera traerle perjuicios, y quiero que con toda franqueza me diga si le es posible ó no hacerlo.

—¡No ha de serme posible! Todo lo puede un corazón agradecido.

—¿Nos oye alguien?—preguntó Andrés.

—Esta no más,—repuso Tomás señalando á su mujer.

—Ella puede oir lo que voy á decir y conviene que se entere, puesto que ha de decidir con usted la cuestión. ¿Puede enterarse alguien más de lo que aquí hablamos? ¿No nos oirá nadie?

—Nadie.

—Entonces, préstenme ustedes atención.

Midan la importancia del favor que voy á pedirles y resuelvan después lo que crean conveniente, en la seguridad de que sea cual fuese su resolución, yo no he de censurarla.

Pero antes he de advertirles que han de guardar la mayor reserva acerca de cuanto les diga, puesto que en ella va mi vida.

—¡Dios mío!—exclamó temblando aquella buena mujer.

—¿Qué dice usted, señorito?—preguntó emocionado Tomás.

—Lo que ustedes oyen.

Entonces en breves términos Andrés expuso á aquel matrimonio que le escuchaba embobado á veces, y á veces haciéndose cruces, cual era su situación, y acabó diciéndoles:

—Yo he pensado que este es un buen refugio contra las persecuciones de mis enemigos, y á ustedes acudo en demanda de auxilio para mí, y para mi infortunada esposa. Si me he equivocado, dígamelo, y volveré á Madrid á arrostrar los peligros que la suerte me depare.

—¡Volver á Madrid! ¡Separarse de nosotros por correr peligros! ¡No, por Dios!—exclamó Tomás.

Esta es su casa y de aquí no saldrá usted, en tanto no pueda gozar de su libertad y de sus derechos.

—Gracias, amigo mío. El corazón no me engañaba: es usted como yo le había juzgado.

—No, señorito,—repuso la mujer de Tomás.—Le creía usted peor, cuando pensó por un instante que no se le abrirían aquí los brazos para recibirle como recibiríamos á Dios.

—Tú te callas y no digas más tonterías,—gritó Tomás. —Más valiera que hubieras ya hecho el chocolate para don Andrés, y que mandaras por bizcochos, y que ordeñaras la *Pintá* para traerle un vaso de leche calentita... Vamos anda...

—No: haga el favor de esperar,—dijo Andrés deteniendo á aquella buena mujer que se disponía á escapar.—Antes hemos de hablar otras cosas.

Hemos convenido, siguió diciendo Andrés, en que me dan ustedes la hospitalidad que les he pedido; pero respecto de mi mujer nada hemos dicho.

—¡Qué cosas tiene usted!—exclamó Tomás.—¿Quién sino ella va ser la reina de esta casa?

—Gracias, amigo mío.

—Vamos, Manuela, corre por el desayuno.

– Una palabra,—repuso Andrés.—¿Cuándo podrá venir mi esposa?

—Cuando usted quiera.

—¿Mañana?

—Hoy mismo, si usted lo desea. Ahora mismo va mi chico por ella, y esta noche duerme aquí.

—Mucho se lo agradeceré.

—Es cosa hecha. Ve Manuela, llama al chico; que prepare las mulas, una de ellas con unas samugas para la señora y que venga luego aquí, para decirle lo que ha de hacer.

—Una palabra todavía,—repuso Andrés.—Hasta mañana nadie ha de saber que estoy aquí. Mañana dirán ustedes que mi esposa y yo hemos venido á pasar una temporada para ver si yo me restablezco de una grave enfermedad.

Si preguntan quiénes somos, conviene decir que yo estoy empleado en un comercio. Me llamo, cualquier nombre, José Pérez. No lo olviden.

—Pierda usted cuidado,—dijeron á una voz los dos, y mientras la mujer salía corriendo á cumplir las órdenes

del marido, éste, después de acercar una silla á Andrés para que se calentase á la chimenea, salió para dar prisa á su hijo á preparar la marcha á Madrid.

Andrés no podia menos de bendecir la hora en que se le habia ocurrido tan excelente idea, y no hay que decir que su alegria era infinita.

En cuanto á aquel honrado matrimonio, se conceptuaban marido y mujer tan dichosos de poder corresponder de alguna manera á los beneficios recibidos de Andrés, que no se habrian cambiado en aquel instante por un rey.

Aquella misma noche á primera hora Andrés estrechaba en sus brazos á Blanca que lloraba trasportada de alegria al ver á su esposo libre de la persecución de sus enemigos.

A Blanca la acompañaba León.

En medio de su desgracia Blanca y Andrés, se conceptuaban felices.

Y es que el amor es gran bálsamo para curar las heridas que abre la desgracia en el corazón humano.

CAPITULO XXIX

Una idea salvadora

Seis días llevaban Andrés y Blanca en Fuente el Sax, á cubierto de todo peligro y exposición, y rodeados de cuidados y atenciones que les prodigaba aquella honrada familia, que si en otro tiempo había recibido de ellos un beneficio, á la sazón estaba recompensándolo con creces.

En aquel tranquilo y seguro retiro, tanto Andrés como su esposa, pensaban frecuentemente en la incalificable conducta del marqués de Moratalla, y en vano buscaban un medio por el cual les fuera dable recuperar los bienes de fortuna que Román les había arrebatado.

Aquella tarde, era, como queda dicho, la de el sexto día de su permanencia en el pueblo; Blanca y su esposo se hallaban en las habitaciones principales de la casa, las

cuales ocupaban, accediendo á los deseos de los que por caprichos de la suerte habían llegado á ser sus protectores.

Sentada en un sofá de los llamados de Vitoria, y mirando á Andrés que con andar acompasado medía la espaciosa sala en que se hallaban. Blanca reflexionaba acerca de los gravísimos acontecimientos que en corto espacio de tiempo habían tenido lugar.

Sobre todo recordaba con honda amargura el proceder de Román, que en aras de su ambición, había cometido la felonía, la más criminal de las acciones que hombre alguno puede realizar, denunciando á su hermano, sabiendo que esta denuncia era su sentencia de muerte.

No distaba de estos pensamientos la imaginación de Andrés, el cual, en tanto que sin darse cuenta de ello, paseaba como un autómata por la habitación, buscaba la fórmula más factible de arrebatar de grado ó por fuerza á su hermano el dinero que le usurpaba. Nada quería Andrés para sí, pero le espantaba la idea de que á su muerte, su amada Blanca, pudiera verse otra vez en la necesidad de vivir atenida á los beneficios que pudieran dispensarle las personas caritativas.

La situación en que había hallado á Blanca, las privaciones y apuros que habían padecido, le marcaban á Andrés la necesidad imperiosa de asegurar el porvenir de la compañera de su vida.

Tanto más cuanto que no era imposible ni aun difícil,

que por cualquiera imprevista circunstancia, fuese descubierto por sus enemigos, y entonces ¿qué iba á ser de Blanca cuando ni siquiera podía ya contar con el pobre y leal Anselmo, víctima también de las infamias de Román?

En uno de sus paseos y al llegar frente á Blanca, Andrés se detuvo.

—Piensas en nuestra situación, ¿no es cierto?

—Así es,—contestó Blanca.

—¿Y sufres?

—¡Por qué negártelo! Te veo preocupado, triste, y ¿cómo quieres que no sufra viéndote padecer?

—Tienes razón, Blanca; soy muy malo, cuando no tengo valor suficiente para ocultarte mis dolores.

—No, Andrés; yo quiero compartir contigo las penas. ¿Acaso no gozamos juntos de los tiempos más felices? Créete que si no fuera porque sobre tí pesa esa terrible condena, si no fuera por el temor que siempre abrigo, me creería aquí enteramente dichosa.

¿Y cómo no si te tengo á mi lado y no te separas de mí un momento?

—¿Y no echas de menos nuestra posición, nuestros bienes de fortuna?...

—No, Andrés; las satisfacciones de mi alma se llenan con tu cariño.

—Sin embargo, así no podemos vivir. Esta familia no es rica, no pueden sacrificarse por nosotros, yo no tengo sueldo, ¿cómo voy á tenerlo si ó soy un muerto ó un condenado á muerte?

Además, Blanca, ya hemos visto la cara á la miseria y es horrible. Es preciso prevenirse contra cualquier accidente, y al efecto necesitamos que vuelva á nuestro poder la fortuna que ese miserable nos ha robado y que derrochará si tardamos en librarla de sus vicios.

—Dices bien, Andrés,—repuso Blanca,—pero ¿cómo podemos recuperarla?

—¡Cómo! ¡Ah! No lo sé; pero créete que á veces pienso hasta en el crimen.

—¡Andrés!—exclamó Blanca llena de espanto.

—Sí, Blanca, pienso hasta en el crimen.

Pues qué ¿acaso el miserable no es acreedor á que le arranque el corazón?

Cuando pienso en su proceder para contigo, cuando recuerdo que te arrojó de nuestra casa y te dejó expuesta á todos los peligros de que la miseria rodea á sus víctimas, cuando reflexiono que ha sido él quien me ha delatado á la justicia para que me persigan y maten... no sé, pero por mis ojos pasa una nube de sangre...

—¡Andrés, esposo mío... cálmate!

—Dices bien: es necesario que la calma no nos abandone para pensar en que ese infame es mi hermano, y que por sus venas corre la misma sangre que por las mías.

Si así no fuese... ¡Ah, Blanca! Román es un monstruo; él fué el culpable de la muerte de mi santa madre; él fué el asesino de aquella pobre niña que no cometió otra falta en su vida que la de amar á ese aborto del infierno... ¡Y dicen que el cielo es inexorable con los malos!

—No pensemos más en él. Déjale, que ya purgará sus faltas. Pensemos en nosotros, en nuestro amor, en que nos volvemos á hallar unidos después de haber llorado tu muerte.

—No, Blanca, no; pensemos en él, es decir, pensemos el medio de recuperar la fortuna que nos ha robado.

—¿Pero ese medio existe?

—¡Quién sabe! Cuando menos se piensa acude á la mente una idea luminosa.

—No es fácil.

—No tienes motivo para dudarlo. ¿A qué si no debemos el estar aquí, tan cuidados y queridos y al abrigo de todo temor?

Ni remotamente pensaba yo en estas buenas gentes cuando escapé de nuestro refugio en Madrid.

Fué una idea nacida porque sí, y ya ves si fué buena. ¿Quién te dice que de igual modo que entonces pensé en el buen Tomás, á quien sólo había visto dos veces en mi vida; no se me ocurra otra cosa que sirva para demostrar á Román que aun sabemos defender nuestros derechos?

—¡Si Dios quisiera!—exclamó Blanca, elevando sus hermosos ojos al cielo.

En aquel momento entraron á avisarles que ya estaba la comida.

Andrés y Blanca, por más que los dueños de la casa se obstinaron en que comieran solos y aparte en sus habitaciones, no lo consintieron y comían con la familia en la cocina.

Mediada estaba la comida cuando Blanca observó que Andrés, que se había mostrado al principio en extremo jovial y dando muestra de estar satisfecho y tener buen apetito, apenas probaba bocado y permanecía preocupado sin poner cuenta siquiera en lo que se hablaba.

Blanca llegó á preocuparse de aquel brusco cambio hasta el punto de preguntar á su esposo:

—¿Qué tienes, Andrés?

¿Te has puesto enfermo?

—No te preocupes, Blanca,—repuso Andrés sonriendo.

—Estás tan ensimismado, no hablas, no comes.

—Pero pienso.

—En balde.

—No lo creas. Por segunda vez la casualidad acude en mi auxilio. ¡Otra idea feliz!—exclamó y quedó durante algunos segundos meditando.

—Sí, eso es;—dijo después con tono seguro.

Blanca, déjame que te dé un abrazo.

—Pero Andrés...

—Nada. Es cosa resuelta. Nos salvamos. Pero ¿y el abrazo?

—Vamos, señorita,—dijo la mujer de Tomás mirándolos con envidia y con alegría infinita, al verles dichosos.

Blanca se dejó abrazar y rió de muy buen grado viendo á su esposo estrechar entre sus brazos á la buena Manuela.

La comida acabó tan alegremente como había empezado.

La paciencia no es virtud que adorne á las mujeres, y como Blanca carecía de ella, apenas habían terminado de comer, cuando cogiéndose al brazo de su marido y conduciéndolo á la sala donde antes los hemos visto, le dijo:

—Vamos á ver qué idea es esa que tan gran susto me ha dado.

—¡Qué impaciente eres!...

—¿Cómo tener paciencia cuando se trata de tu dicha?

—Hablemos seriamente, Blanca.

Pero antes díme, ¿qué has hecho de la cartera que yo llevaba en campaña y que me libró de una muerte segura cuando fuí herido?

—¿Que qué he hecho?

—Sí, ¿la conservas?

—¡Qué pregunta! mira si la conservo,—y Blanca desabrochándose el vestido, sacó del pecho una cartera de piel de Rusia cuyas tapas mostraban un agujero y estaban manchadas de sangre. No se separa jamás de mí.

—¡Qué buena eres, Blanca, y cuánto te quiero!

—Toma la cartera, puesto que la quieres.

—¿Sientes mucho separarte de ella?

—Sí que lo siento; pero si tú la necesitas...

—En efecto, me hace falta.

—¿Para qué?

—Para con ella hacerle á Román que nos devuelva nuestra fortuna.

—¿Cómo es eso?—exclamó Blanca asombrada y sin poder explicarse qué relación podía tener aquella cartera con el marqués de Moratalla.

—Verás cómo. Tú sabes que esta cartera fué para mí durante la guerra una especie de diario, donde consignaba todas mis impresiones.

Esto puede probarse muy fácilmente; basta para ello leer las páginas que hay escritas.

Además para demostrar que yo la llevaba siempre durante la guerra, aquí está este agujero que hizo en ella la bala que luego me hirió á mí.

—¿Pero y todo eso qué tiene que ver con Román?

—Calla y escúchame.

Todos estos pormenores sirven para demostrar que esta cartera la tenía yo mientras estuve en campaña: demos-

tración que habrá necesidad de hacer en su día y que no creo ofrezca dificultad ninguna.

Nosotros, los militares,—siguió diciendo Andrés,—disfrutamos de un derecho que no lo tienen los paisanos, y es este el poder testar en circunstancias especiales, sin necesidad de notarios ni testigos y en cualquier forma.

La ley, al consignar los testamentos ológrafos en sus bases, previó una gran necesidad y nosotros, los que servimos á la patria, gozamos del derecho de testar consignando nuestra voluntad en una hoja de papel blanco, en la tierra misma donde la muerte nos sorprenda, en la forma, en fin, que la casualidad nos depara.

¿Comprendes, Blanca?

—Sí.

—Pues bien, cuando yo fuí gravemente herido en campaña, tuve la previsión de escribir en esa cartera mi testamento.

—Pero eso no es cierto; yo he leído minuciosamente esas notas y no hay en ellas semejante testamento.

—Pero lo habrá.

—¿Que dices?

—Que voy á escribirlo; y como no existe ningún otro posterior que destruya sus efectos, la validez de éste será indiscutible y Román tendrá por fuerza que devolver los bienes de que se ha apoderado y que pertenecen á mi heredera.

—Pero eso...

—No creas, Blanca, esta farsa me repugna, pero es tan justo y tan equitativo que nada puede echarnos en cara nuestra conciencia.

—Eso es evidente. Viviendo tú, el capital que Román nos arrebató te pertenece. Pero...

—¿Qué ibas á decir, Blanca?

¿Por qué no acabas la frase?

—Pensaba, Andrés, que es muy posible no dé resultado este medio.

—No lo pienses. El testamento es válido y tiene tanta fuerza ó más que si lo extendiera un notario y firmaran los testigos.

—Entonces, Andrés, no perdamos tiempo; y convengamos los pormenores de nuestro plan.

—Todo lo pensé ya y mañana mismo sabrá Román que no estoy dispuesto á ser su víctima. Trae la cartera.

Blanca entregó á su esposo la cartera y Andrés buscó impaciente entre las hojas escritas una fecha.

—¡Ah!—exclamó de repente.—Cuando te digo que la suerte nos favorece desde hace unos días.

—¿Qué te pasa?—preguntó Blanca con interés grandísimo.

—Mira,—repuso Andrés mostrando á su mujer entre las hojas escritas dos páginas en blanco.

—¿Y qué?—preguntó ella sin comprender la causa de la alegría de que Andrés daba ostensible muestra.

—Que no puede darse más feliz casualidad que estas

dos páginas en blanco, porque en ellas cabe mi testamento, y como luego sigue el relato de los acontecimientos aquellos, nadie podrá poner siquiera en duda la autenticidad del documento. ¿Comprendes ahora mi alegría?

—¡Dios no nos abandona!—exclamó Blanca emocionada.

Andrés buscó el lapiz de la cartera y lo halló en su sitio.

—Esta es también,—dijo á Blanca,—una feliz coincidencia.

—¿Por qué?

—Porque si se hiciera una comprobación por los peritos, se convencerían con que el mismo lápiz ha trazado todo lo escrito en la cartera.

Ahora sólo me falta escribir; pero antes hay que ponerse en condiciones.

Y con gran asombro de su esposa, Andrés cogió una silla por el respaldo y estuvo agitándola por espacio de algunos minutos en el aire.

—Pero ¿qué haces?—preguntó Blanca.

—¿No lo ves? Ejercicios gimnásticos.

—¿Estás loco?

—No lo creas. Ya te explicaré el objeto de estos ejercicios.

Y Andrés siguió todavía por espacio de algunos instantes su tarea.

Cuando estuvo verdaderamente rendido por el cansancio se aproximó á la ventana, se recostó en el suelo sobre la estera y ligeramente apoyado sobre el brazo izquierdo, escribió en las hojas que había enseñado antes á su esposa, las siguientes líneas:

«En el campamento del Carrascal, en la tarde del 7 de Noviembre de 1837.

»Sintiendo que la vida se me va por la herida que acabo de recibir en el pecho, yo el capitán D. Andrés Muñoz, en uso del derecho que me asiste nombro mi única heredera universal á mi esposa D.ª Blanca Gómez.

»Esta es mi voluntad.—*Andrés Muñoz.*»

Luego de escritas estas líneas, Andrés se levantó y mostró la cartera á su esposa, diciéndola:

—Lee y fíjate en la letra. ¿Te explicas ahora por qué he estado haciendo ejercicios con la silla?

El pulso de un herido no es el de un hombre que se encuentra gozando de buena salud.

Por eso antes de escribir he procurado debilitar el mío, y créete que lo he conseguido; porque apenas he podido escribir por efecto del dolor que tengo en esta mano.

Ya ves que me he vuelto previsor: no hay nada que enseñe tanto como la desgracia.

Ahora, querida Blanca,—añadió Andrés,—veamos la manera de entablar nuestro pleito contra Román. ¿Qué te parece que debemos hacer?

—¿Yo qué sé, Andres? Lo que tú digas.

—Bien: en ese caso voy á someter á tu aprobación mi plan.

Necesitamos un buen abogado que acoja nuestra causa como si fuese suya y ese abogado ya le tengo.

—¿Quién es?

—Rafael Mendizábal.

—Es verdad.

—Rafael es uno de los pocos amigos á quienes pueden confiarse todos los asuntos.

Compañero de ideas, amigo antiguo y hombre de honor y de conciencia, merece toda nuestra confianza. Pero sobre todas estas cualidades que Mendizábal reune hay una circunstancia para que mejor que á ningún otro confiemos á él el asunto.

Rafael tiene también que saldar una cuenta con Román y seguramente me agradecerá que le dé un arma que esgrimir contra el causante de la desgracia de su hermano.

Queda, pues, resuelto que Rafael Mendizábal se encargará de defender tu pleito. ¿Te parece bien, Blanca?

—Perfectamente

—Entonces, si no tienes inconveniente, mañana mismo verás á Rafael.

—Cuando quieras.

—Saldrás de aquí por la tarde, á fin de que llegues á Madrid de noche á primera hora.

A la entrada de la corte te apeas de la mula y vas á ocultarte en casa de Andrés.

Es preciso que no te vean nuestros enemigos, porque podrían seguirte y descubrir mi paradero.

—No tengas cuidado por eso.

—Al día siguiente por la mañana vas á casa de Rafael: le refieres toda la verdad, le dices donde estoy y le entregas esta cartera.

—¿Y luego?

—Luego regresas aquí con Tomás que te acompañará.

Con efecto, al día siguiente Blanca, acompañada del dueño de la casa donde Andrés quedaba, salía de Fuente el Sax con dirección á Madrid con el corazón lleno de esperanzas.

Mientras tanto Andrés se decía satisfecho:

—Recuperaré mi fortuna y aseguraré el porvenir de Blanca. Luego veremos lo que sucede; pero si muero moriré tranquilo en la seguridad de que ese ángel modelo de esposas no tendrá que luchar con la pobreza.

CAPITULO XXX

El abogado Mendizábal

Blanca siguió al pié de la letra las instrucciones de su esposo, y al día siguiente de su llegada á Madrid se dirigió á casa del abogado.

Antes de dar cuenta á los lectores de la entrevista que éste y la esposa de Andrés celebraron, conviene recordar que Rafael Mendizábal era hermano de Julio, el primer amor de Sofía que se suicidó al verla casada; por consiguiente, aquel á quien Muñoz acudía para que defendiese su pleito, tenía motivos sobrados para sentir aversión hacia el marqués.

Cuando Blanca llegó á casa de Mendizábal, éste se apresuró á recibirla, y sus primeras palabras fueron de pésame para la esposa de Andrés.

—Yo le agradezco esa muestra de cariño hacia mi ma-

rido,—dijo Blanca sonriendo;—pero no admito el pésame.

Mendizábal, asombrado ante aquella respuesta, no supo qué decir. No podía explicarse que Blanca, que tantas pruebas de amor había dado á su esposo, se mostrase tan tranquila después de haberle perdido, y hasta llegase á rechazar un pésame que aceptar debía aunque sólo fuese por cortesía.

No pasó inadvertida para Blanca la sorpresa de Rafael Mendizábal, y añadió:

—No admito el pésame porque gracias á Dios Andrés vive.

—¡Qué vive Andrés!—exclamó Mendizábal saltando de su asiento.

—Así es.

—¡Pero esto no es posible! ¡O usted ó yo estamos loco!

—Ni usted ni yo,—repuso Blanca.

Y ésta refirió á Mendizábal detalladamente sobre cuanto á la aparente muerte de Andrés los lectores ya conocen.

—Parece una novela ese relato,—dijo el abogado después de haber escuchado con grande atención.—Ahora,—añadió,—me explico su visita de usted, que antes no sabía á qué atribuir. ¿Acaso Andrés quiere verme?

—Quisiera, en efecto, verle á usted; pero como no hay posibilidad, renuncia por ahora á ese placer y me envía á hablarle á usted de un asunto tanto para él como para mí de grandísima importancia.

—¿Y puedo yo serles útil?

—Mucho.

—Entonces estoy á sus órdenes. Andrés y yo nos queremos como si fuéramos hermanos, y ya que la muerte se ha contentado con darnos una broma pesada, yo me felicito de que nuestra buena amistad pueda continuar. ¿Qué es lo que yo tengo que hacer?

—Se trata de un pleito que Andrés quiere entablar.

—Pues que, ¿los muertos pleitean?—preguntó Mendizábal.

—Pleitean los muertos como Andrés.

—Dispense usted, amiga mía, si la hago observar que Andrés no puede cometer la locura de resucitar hasta tanto que desaparezca la sentencia de muerte que pesa sobre su cabeza.

—Dice usted bien; pero como sobre la mía no pesa sentencia ninguna, no puede haber inconveniente en que yo entable pleito...

—Eso ya es distinto.

—De acuerdo con Andrés.

—Por supuesto.

—Y en contra de mi cuñado, el marqués de Moratalla.

—¡Del marqués de Moratalla!—exclamó Mendizábal con acento en que, al par que la ira, se revelaba la alegría que experimentaba.

—Sí; contra Román, que á la muerte de Andrés, al verme abandonada, cometió la infamia de arrojarme de

mi casa, apoderándose de la fortuna de mi marido como su heredero legal.

—¿Eso hizo ese canalla?—preguntó Rafael.

—Sí, señor; eso hizo, y si no hubiera sido por la lealtad y nobleza del asistente de Andrés, de nuestro buen Anselmo, hoy andaría yo pidiendo limosna por las calles.

—¡Parece mentira que haya seres tan miserables! ¡Ah! ¡marqués de Moratalla, día vendrá en que yo te pida cuentas de tus acciones!

Pero vamos al asunto, y dispense usted estos arrebatos, hijos de los sufrimientos que ese hombre me ha ocasionado.

Decía usted, —prosiguió Rafael, —que quería poner pleito á su cuñado por haberle arrojado de su casa. ¿Tenía usted en ella intereses ó valores de su pertenencia que él se negó á entregarle?

—No, señor. Andrés había muerto sin testar, y su fortuna, por tanto, pertenecía á Román.

—Entonces...

—Yo le ruego que me escuche,—dijo Blanca, y entonces refirió á Mendizábal de una manera clara y precisa el objeto de su visita.

—Perfectamente,—dijo el abogado después que se penetró del asunto.—Tenemos la razón legal y la moral. La legal, es el testamento; la moral, el derecho que Andrés tiene de disponer á su antojo de sus bienes. ¿Trae usted el testamento?

—Aquí está,—contestó Blanca, entregando á Mendizábal la cartera de Andrés.

—Si usted me lo permite, voy á leerlo.

—Con mucho gusto.

El abogado fué leyendo una por una las notas consignadas por su amigo en la cartera, y cuando llegó á las páginas que comprendían el testamento, después de fijarse con gran detención en él, dijo:

—Está muy bien: este es un documento de gran fuerza y espero que ante él se estrellará la influencia que goza el marqués de Moratalla.

—Supongo,—añadió Mendizábal,—que Andrés no querrá perder momento, y por consiguiente, esta tarde ó mañana puede usted firmar el primer escrito.

—¿Mañana?...—preguntó Blanca sin atreverse á decir que le parecía tarde.

—¡Qué! ¿es más urgente la cuestión?

—No, amigo mío,—repuso Blanca,—pero Andrés me espera esta noche en el pueblo...

—Pues qué ¿no viven ustedes en Madrid?

Contestando á esta pregunta, Blanca á quien su esposo había encargado que no tuviera inconveniente ninguno en exponer al abogado toda la verdad de su situación, refirió entonces á Rafael Mendizábal la persecución de que Andrés había sido objeto á consecuencia de la carta que había escrito á Román, así como también la prisión de Anselmo.

—¡Que hombre tan infame es el marqués!—exclamó Mendizábal.

—Viéndose Andrés perseguido,—siguió diciendo Blanca,—huyó de Madrid y se refugió en Fuente el Sax donde vivimos.

—Entonces, permítame usted,—dijo Rafael,—que extienda ahora mismo el escrito que ha de acompañar al testamento y lo firmará usted antes de marcharse.

—Mucho se lo agradeceré.

—No tiene usted por qué. Mi deber no es otro; yo he tenido el honor de decirle, por más que usted lo sabría, que Andrés y yo, más que amigos somos hermanos.

Mendizábal tomó un pliego de papel de oficio de sobre la mesa y en menos de diez minutos tenía redactado el escrito del cual dió después lectura á Blanca y que ésta firmó.

Mientras Rafael escribía, una idea había acudido á la imaginación de Blanca: la de hacer que aquel amigo se interesara por el pobre Anselmo.

¿Podía ella abandonar al hombre que se había sacrificado por su marido y á quien ella misma tantos favores debía?

Resuelta á poner en práctica su pensamiento, dijo á Mendizábal:

—No sé cómo demostrar á usted mi gratitud por la acogida que me ha dispensado, y sin embargo, todavía en nombre de Andrés y en el mío quiero pedir á usted otro favor.

—Usted no tiene más que darme sus órdenes,—repuso Rafael.

—Gracias, amigo mío. Se trata del pobre asistente de Andrés á quien Román ha hecho prender y que no sabemos qué habrá declarado con respecto de la carta que llevaba de mi marido, cuando continúa preso en el Saladero.

—Y usted quería...

—Que fuese usted tan amable con nosotros, que le visitara en su prisión é hiciera en su favor todo lo posible.

—Lo haré, señora. Queda el fiel Anselmo bajo mi protección, que poco vale, pero que es sincera y procuraré que resulte eficaz.

—Repito á usted las gracias,—dijo Blanca poniéndose de pié,—y voy á retirarme porque Andrés me estará esperando impaciente por conocer el resultado de esta entrevista.

—Con lo cual ofende mi amistad, porque debía tener la evidencia Andrés de que el resultado sería el único posible entre nosotros. Pero en fin, le perdono su desconfianza.

—Gracias en su nombre, amigo mío,—dijo Blanca extendiendo su mano.

—Antes de marcharse,—repuso Mendizábal, —habrá usted de dejarme las señas de donde viven y de indicarme el medio de que nos comuniquemos.

—Las señas son: En Fuente el Sax, casa de Tomás Ro-

mero. En cuanto á los medios de comunicación ya se los manifestaré otro día, pues es un punto éste que Andrés no se acordó de prever.

—No hace falta,—dijo Rafael.—Si ocurriera algo grave yo mismo iré á ver á Andrés.

—Gracias, Mendizábal: ¡que pocos hombres entienden la amistad como usted!

—Andrés haría lo mismo por mí.

Blanca estrechó la mano de su abogado y salió en extremo satisfecha de la entrevista.

Una hora después caminaba acompañada de Tomás hacia el pueblo.

Blanca hubiera querido que la mula que la conducía hubiese tenido alas para volar al lado de Andrés y antes comunicarle su alegría.

CAPITULO XXXI

Un corazón leal

Mientras tanto Mendizábal midiendo á largos pasos la habitación en que se hallaba, con el testamento y el escrito en la mano, exclamaba:

—¡Ah, por fin quiere Dios poner en mis manos un arma para atacar á ese infame!

Marqués de Moratalla, yo te juro que he de hacerte sentir mi sed de venganza.

Yo haré que despierte tu conciencia á los gritos de tu pobre esposa á quien has despojado de sus bienes y abandonado después; yo haré que los tristes y desgarradores ayes de mi pobre hermano al arrancarse la vida se claven en tu cerebro como afilados puñales; yo haré, por último, y mientras esa luz de justicia llega por tí, que devuel-

vas lo que le pertenece al que tiene tu misma sangre aunque no se asemeje á ti más que en el apellido que deshonras.

Ahora heriré tu fortuna: más tarde buscaré tu corazón para vengar en él la desgracia de mi infeliz hermano.

Y Mendizábal, después de repasar con mirada y celo profesional el testamento, revisó su escrito, lo firmó y salió de su casa para empezar las diligencias.

El pleito había comenzado.

¡Qué ajeno estaba de ello el marqués de Moratalla!

Todo aquel día lo dedicó Mendizábal á los asuntos de Andrés.

Una vez presentado el escrito para su trámite, se dirigió al Saladero con objeto de ver á Anselmo.

Rafael que por razón de su profesión era conocido en el Saladero, de cuyos calabozos había sacado con su elocuente palabra más de una víctima, no halló inconveniente para ver al preso el cual fué introducido por uno de los cabos en la habitación de los defensores donde Mendizábal le esperaba.

Rafael estuvo algunos instantes fijo en Anselmo y su vista práctica en leer en la fisonomía de los hombres, no ocultó en decirle «éste es un hombre honrado.»

Por su parte Anselmo observó al visitante, tratando de averiguar por su presencia el objeto que le llevaba.

Mendizábal rompió el silencio diciendo al asistente de Andrés:

—Vengo á verle de parte de sus amos. ¿Necesita usted alguna cosa?

—Nada, caballero. Muchas gracias,—contestó Anselmo, sin cuidarse de ocultar su desconfianza ante aquel extraño.

—Vea usted si puedo serle útil. Tantó mi amigo Múñoz, como su esposa se interesan grandemente por usted y me han dado el encargo de hacer lo que ellos por sus circunstancias no pueden en su obsequio.

¿Tiene usted algo que decir á su amo?

Anselmo sintió su imaginación herida por una sospecha. ¿No puede ser aquel caballero un juez ó un agente del marqués de Moratalla, que por este medio tratase de arrancarle la confesión de que su amo vivía?

Tan pronto como esta idea le asaltó, se apresuró á contestar á Mendizábal.

—Dispense usted, caballero; pero creo que no es justo burlarse de la desgracia.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Rafael con extrañeza.

—Quiero decir que como mi amo murió, mal puedo querer decirle nada; y que no creo justo burlarse ni del muerto ni de un hombre que como yo está preso por una mala idea.

—No comprendo,—repuso Mendizabal,—lo que usted dice.

—Pues yo si lo comprendo. Y es inútil, desde ahora se lo digo, que traten de tenderme un lazo.

—Ya he declarado lo que tenía que declarar, y con su permiso de usted me vuelvo al patio.

Mendizábal se hizo cargo de la situación. Anselmo lo tomaba por un enemigo de Andrés y se prevenía contra cualquier sorpresa que se intentara.

Para disipar los temores del asistente, Rafael le refirió parte de su entrevista con Blanca, y únicamente entonces Anselmo confesó al abogado todo lo que le había sucedido desde el momento en que entregó al marqués de Moratalla la carta de su amo hasta aquel instante.

—¿Qué piensa usted hacer?—le preguntó Mendizábal.

—¿Que qué pienso hacer? Es muy fácil. Lo único que me es posible. Seguir diciendo que quise estafar al marqués falsificando la carta de mi capitán.

—Pero entonces le condenarán á usted por estafador y por falsificador.

—¿Y qué remedio hay? Cuando las cosas vienen mal hay que sufrirlas con paciencia.

Anselmo hablaba sin prestar importancia á sus palabras: como si el sacrificio que hacía por Andrés fuera una cosa insignificante.

—¿De modo que está usted dispuesto á dejarse condenar?

—Naturalmente.

—Debíamos, sin embargo, buscar un medio de defensa.

—No lo hay, caballero;—contestó Anselmo.

La cuestión se reduce á lo siguiente. ¿Vive el capitán D. Andrés Muñoz y ha escrito una carta á su hermano el marqués de Moratalla? ¿Es cierto que el asistente de don Andrés ha falsificado la letra de su capitán por estafar al marqués?

El caso es este, ni más ni menos.

Yo no puedo decir que mi capitán vive porque entonces mi amo corría el riesgo de que lo prendieran y se cumpliera la sentencia de muerte que pesa sobre él.

En cambio nadie puede impedirme que me deje llevar un poco de tiempo á presidio, hasta que mi amo pueda resucitar y sacarme de mi cautiverio.

Ya ve usted, caballero, como conozco bien mi situación. He pensado mucho sobre ello y crea usted que ya he adoptado mi resolución.

Mendizábal, oía entusiasmado en aquel hombre, todo corazón y nobleza.

—Es usted,—dijo Rafael,—el más leal de los amigos

—Usted me permitirá que me interese por su suerte, siquiera sea porque sólo es el deseo del capitán y de doña Blanca.

—Yo viviré agradecido sea cual sea el destino que me depare mi desgracia. Pero, ¿qué puedo necesitar aquí? Me dan de comer y cama, ambas cosas muy malas, pero en

la que Anselmo refirió todos los pormenores de su prisión, sus declaraciones y los detalles de la escena ocurrida en casa del marqués de Moratalla, antecedentes que Andrés ignoraba y que Mendizábal se proponía comunicarle en la primera ocasión que tuviera, el abogado se despidió del preso estrechando su mano y diciéndole:

—Es usted, Anselmo, un hombre honrado y de sentimientos tan nobles, que yo, que no soy malo, me conceptúo pequeño á su lado y estrecho con orgullo su mano.

Al día siguiente recibió Rafael una carta de Andrés por conducto del hijo de Tomás Romero.

En ella le decía Andrés que podía manifestarle por escrito cuanto quisiera los martes, jueves y sábado, que el dador de aquella carta iría á verle en su nombre.

Mendizábal aprovechó aquella ocasión para dar cuenta á su amigo de su entrevista con Anselmo, y aquella misma noche, cuando Andrés leía á Blanca la extensa carta de Rafael, los dos lloraron de alegría y de pena al mismo tiempo, al ver la nobleza y ánimo del pobre asistente y su triste suerte que le condenaba á sufrir los rigores de un presidio para salvarlos á ellos.

—¡Pobre Anselmo!—exclamó Blanca.—¡Dios quiera que llegue pronto el día en que podamos recompensar sus sacrificios!

—Dices bien, Blanca. Muy infames habíamos de ser para olvidar á nuestro buen Anselmo.

CAPITULO XXXII

Una gran dificultad

Aquella misma noche, cuando Blanca satisfecha y feliz, rebosando alegria, daba cuenta á su esposo del éxito que habia alcanzado en su visita á Mendizábal, Román, en su sala de fumar, recostado en una butaca, envuelto en su bata y con un cigarro en la boca, permanecia inmóvil con la vista fija en las espirales del humo que al desprenderse del habano y elevarse en el espacio formaba caprichosas figuras.

En aquella soledad, en medio de tan profundo silencio dominado por los rigores de una digestión dificil, el marqués de Moratalla se sentia disgustado de sí mismo.

Queria desechar aquella tristeza de que se sentia em-

bargado su espíritu y no podía; trataba de abstraerse á sus pensamientos y le era imposible.

Poco á poco su dormida conciencia fué despertando ante recuerdos bien poco halagüeños, y Román por efecto de uno de esos fenómenos fisiológicos que no se explican, llegó á sentirse impresionado.

Recordó su pasado, se fijó en su presente y tuvo horror de sí mismo.

—Ya es tiempo de reflexionar;—se dijo poniéndose de pié y dominado por fuerte impresión.

Hay que pensar en los errores del pasado que me ligan con la desgracia, acaso por no librarme en el resto de mi vida.

Es preciso desterrar ideas extrañas y criminales propias de un cerebro trastornado, y de pesar una por una las consecuencias, para ver si ante su terrible perspectiva someto mi voluntad, la mando cual si fuera una cosa de poco más ó menos y soy fuerte y despótico en bien de mi existencia.

Sí, es preciso;—exclamó arrojando lejos de sí el cigarro.

De no hacerlo porque se me impongan los vicios que me dominan, seré un cobarde.

Por cualquier parte que miro, observo que estoy preso en mis propias redes y que no saldré de ellas sin un esfuerzo supremo.

¿Y por qué no he de salir? Aun tengo un rayo de luz,

hermoso como todos para iluminar mi inteligencia y mi pensamiento, fijo en regenerarme.

¿Acaso no es mejor ser bueno que ser malo? ¿No es preferible gozar de la estimación del mundo que ser aborrecido? ¿No es preferible hacer á nuestro rededor el bien que hacer derramar lágrimas?

Dicen que para el hombre no hay imposibles: que consigue cuanto se propone sin hacer otra cosa que transformar el camino áspero y tortuoso en llano y recto, como el que conduce á un paraíso.

Pues bien; yo, acostumbrado á dominar las dificultades en pro del mal, á abarcar con una mirada el inmenso panorama del mundo y analizar fibra por fibra y átomo por átomo su organismo, hasta encontrar el sitio vulnerable y con fría razón las causas de sus heridas, veré si tales palabras son una impostura, si hermosas y engañadoras para dulcificar el pesimismo ó huecas como los árboles heridos por el rayo; si observaciones ideales ó fijas cual las leyes del Cosmos...

Vamos, pues, á la obra, salgamos de dudas y con la vista fija en otro mundo distinto de ese de miserias y bajas pasiones en que he vivido, emprendamos la obra de nuestra regeneración...

—Pero ¡qué cosas pienso!—exclamó de pronto Román arrojándose sobre uno de los divanes—¡Diríase que estoy loco!

¡Já, ja, já!—repetía riendo como si estuviera realmente

loco.—¡Yo, pensando en mi regeneración! ¡Yo, dispuesto á seguir el camino del bien! ¡Qué desatino!

Tendría que ver que al cabo de mis años y de mis picardías llamara á mis víctimas y les dijera: «Os vencí, es cierto, con malas artes y os hice desgraciados, pero aquí me tenéis: ¡perdonadme!»—Y luego les reintegraría con la fortuna que me queda y me iría al desierto á comer raíces y beber agua, teniendo por lecho el duro suelo y... ¡Já, já, já!

¡O el Burdeos se me ha entrado á la cabeza esta noche ó no sé lo qué me pasa!

Pero la verdad es que he estado oportunísimo en mis reflexiones. Reconozco que he tenido gracia pensando lo que pensaba, precisamente cuando más tranquilo estoy, pues nadie se preocupa de molestarme.

En aquel momento uno de los criados del marqués entró á anunciarle la visita de D. Diego Sarmiento.

—Que pase;—dijo Román al sirviente.—¿Qué querrá Sarmiento?—se preguntó el marqués.

Pocos instantes después penetraba en la habitación un caballero de aspecto grave y mirada inteligente, cuya edad frisaba á los cincuenta años.

—¿Qué de bueno le trae á usted por mi casa?—preguntó el marqués después que hubo saludado al visitante.—Us-

tedes los que defienden nuestros asuntos ante los tribunales, no suelen prodigarse con visitas.

—Porque nos falta el tiempo para todo, señor marqués.

—Menos para hacer llenar folios y folios, que luego importan un dineral.

Don Diego Sarmiento, como el lector habrá comprendido por el diálogo con que el marqués empezaba á sostener, era el abogado de Román.

A éste no le hizo maldita la gracia aquel cargo que encubierto con la pretensión de un cliente le hacía su cliente; pero hizo como que no lo entendía, y entrando de lleno en el objeto que motivaba su visita, dijo:

—Señor marqués, la causa de mi presencia aquí no es muy agradable ni para usted ni para mí.

—¿Viene usted á hablarme de algún asunto de los que tenemos pendientes?

—Precisamente, no es de ninguno de esos de los que me propongo hablarle, sino de otro en que hemos de ocuparnos muy seriamente porque es gravísimo.

—¡Demonio! amigo Sarmiento. ¿Sabe usted que ya me pone en cuidado? ¿De qué se trata?

—De un pleito que han incoado contra usted.

—¿Quién?

—Su cuñada doña Blanca.

—¡Blanca me pone pleito! ¿Y por qué? Usted sabe que mi hermano murió sin testar, y que por consiguiente su fortuna me pertenece.

Como ella nada aportó al matrimonio, nada tuve que entregarle.

¿Para qué, pues, entabla mi cuñada pleito?

Si no es más que eso toda la cuestión gravísima de que iba usted á hablarme, bien puedo tranquilizarme.

—No lo crea usted, marqués. La cuestión es muy grave y el pleito que su cuñada de usted entabla es de esos que dan poco trabajo y que no se pierden nunca.

—¡Qué dice usted!—exclamó Roman sobresaltado al oir estas palabras.

—Lo que acaba usted de escuchar.

—¿Pero en qué funda esa mujer su pretensión?

—En la mejor prueba de su derecho.

—¿Y qué prueba es esa?

—El testamento de su marido.

—¡Qué locura! Andrés murió sin testar,—exclamó Román pálido de terror.

—Eso se creia; pero no es así.

—Yo no puedo creer lo contrario.

—Pues créalo usted. El capitán Muñoz, tenía hecho su testamento desde que fué herido en campaña.

—¿Cómo entonces Blanca lo ignoraba?

—Porque ese testamento estaba incluído en una cartera del capitán que casualmente su cuñada de usted ha encontrado ahora.

—¡Un testamento ológrafo!—exclamó Román.

—Usted lo ha dicho, marqués. Y con tanta fuerza que

no hay tribunal que vacile en el fallo. La fortuna de que era dueño su hermano de usted pasará á su mujer porque esa fué la voluntad del muerto.

—¿Y si yo le probara á usted que todo eso del testamento es una falsedad?

—Difícil lo conceptúo, marqués. Ese testamento lo he visto yo hace pocas horas.

—Y si esto no obstante yo le demostrara que es una farsa...

—Crea usted, marqués, que el documento está en toda regla, y esa fortuna habrá de pasar á la heredera de su difunto hermano de usted.

—¡De mi difunto hermano!—exclamó Román, con los ojos inyectos en sangre.—¡Mi hermano no ha muerto!—gritó después.—Andrés vive.

Luego ya ve usted si todo esto no es una farsa.

—¡Qué vive su hermano de usted!—exclamó á su vez el abogado Sarmiento.

—Sí, señor, vive.

—En ese caso, marqués, peor para su causa de usted. Vivo el capitán Muñoz la cuestión no ofrece duda: su fortuna es suya.

—No lo será,—gritó indignado Román.—¿No sabe usted que mi hermano está condenado á muerte por su intervención en los sucesos revolucionarios?

—Lo sabía,—repuso Sarmiento.

—Pues entonces comprenderá usted que no ha de pre-

sentarse á reclamar sus bienes, cuando ha tenido la suerte de morirse aparentemente por librarse de una muerte de verdad.

—Sin embargo, marqués, el día que cambie la política ó que se apruebe una ley de amnistía por delitos políticos, lo cual no es imposible, ni difícil, el capitán recobrará su estado civil y entonces...

—Ese día no espere usted que llegue en mucho tiempo.

—¿Por qué, marqués?

—Porque la opinión no está por las libertades, sino por el hombre que más le reprima, y si á mano viene que le trate sin contemplación.

—¡En que error tan grande viven ustedes!—exclamó Sarmiento.—¡Que ciegos están para no ver que impulsada por misteriosa fuerza, pero invencible, gigante y arrolladora que vence y destruye á su paso majestuoso los frágiles diques opuestos por la reacción caduca, la ola de la libertad crece hervorosa, avanza y avanzará siempre llena de potente energía, con el vigor de la primera juventud y saturada de los vitales gérmenes que han de animar el sér de las nuevas generaciones!

Nacida entre las turbulentas aguas del agitado mar del absorbente despotismo y empujada, ora por tempestuosos vendavales, ora por vientos bonancibles marcha imponente y grandiosa á despecho de las montañas de espuma y trombas gigantes levantadas ante su carrera.

—Amigo Sarmiento, grande es su entusiasmo y su liris-

mo muy agradable; pero ya ve usted como esa libertad, si marcha de alguna manera, es de capa caída.

—No lo crea usted. Es preciso ver el fondo; no basta mirar la superficie.

Ley providencial que debe cumplirse en la larga sucesión del tiempo y todos se verán obligados á reconocerla y acatarla, desde los que nacieron en las cumbres elevadas de la fortuna hasta los que vinieron á la vida en el oculto rincón de la miseria; desde el déspota soberbio al humilde esclavo; desde los que apuran la dulce miel del privilegio y gozan de todas las libertades y franquicias, hasta los que beben la hiel amarga del desprecio y agotan sus fuerzas, hundidos en la oscuridad de abyecta servidumbre.

—No creí,—repuso el marqués de Moratalla,—que fuese usted tan liberal.

—Lo soy, porque siento en mi corazón el calor de esa llama vivificadora.

—Sin embargo, usted no ha figurado en política...

—¿Para qué? ¿Para qué estos puros sentimientos se adulteren á impulsos de las pasiones mezquinas y de la ambición de medrar? No.

Yo pienso así, y me basta con tener estos ideales; pero alejado de la política, que es la única manera de conservarlos puros.

—Es usted un liberal platónico,—dijo el marqués,—un soñador de libertades. Más vale así. Usted sueña.

Ya no me extraña que piense en la posibilidad del

triunfo de lo que llaman libertad y que se preocupe de que en breve mi hermano pueda reclamarme lo suyo. Esto no lo temo ni á mí me preocupa.

—Hace usted mal, á mi juicio, marqués, en confiar tanto.

—¡Qué quiere usted! Yo soy así. Pero no nos ocupemos de este punto de la cuestión, y volvamos al que nos interesa. Esto es, al pleito.

—Es cuestión perdida, marqués.

—No lo crea usted.

—Tengo de ello plena convicción, y en cumplimiento de mi deber, se lo advierto. Es inútil la defensa. La viuda del capitán Muñoz heredará la fortuna de su marido.

—¿Acaso se niega usted á defenderme en este pleito?—preguntó Román con viva inquietud.

—Sería lo más prudente.

—Sin embargo, usted no puede hacerlo.

—No sé por qué,—repuso friamente Sarmiento.

—Porque siendo el abogado de mi casa, debe entender en todos mis asuntos...

—Si lo estimo conveniente,—añadió Sarmiento acabando la frase.

Esta resistencia de su abogado dió mucho que pensar á Román, á quien no se ocultaba el mal efecto que había de producir verle cambiar de defensor cuando se trataba de un pleito tan importante y tan malo para él.

Aquello equivalía á reconocer que no tenía ninguna razón y á dar la victoria á la parte contraria.

Convencido de ésto el marqués de Moratalla, procuró seducir á Sarmiento á que aceptase la defensa, y á este fin encaminó sus gestiones con un éxito satisfactorio.

El abogado de Román acabó por aceptar la defensa del marqués en el pleito con Blanca, pero no sin advertirle nuevamente en estos términos:

—Le aseguro que es causa perdida; la razón está de parte de nuestro contrincante, y el tribunal fallará en contra. Sin embargo, usted lo quiere, sea. Seguiremos pleiteando. Es cuestión de ganar tiempo.

—¡Al fin me ha comprendido usted!—exclamó Román. —Yo no quiero más que eso, ganar tiempo; luego me es igual que el pleito se gane ó se pierda, créalo usted.

—En ese caso, yo le prometo que mucho han de moverse ellos para salvar los obstáculos que he de ponerles en su camino.

—Y que yo con mi influencia reforzaré,—dijo Román.

Convenidos en ésto, Sarmiento se separó del marqués.

Cuando se vió en la calle, respiró con satisfacción y no pudo menos de exclamar:

—¡Ese marqués es un mal hombre! Pero ¿qué iba yo á hacer? ¡Penosos deberes profesionales, que obligáis á los hombres honrados á defender estas infames causas!

CAPITULO XXXIII

De potencia á potencia

Cuando el marqués de Moratalla quedó solo, dió rienda suelta á su furor y á su desesperación.

La situación en que se hallaba no podia ser más crítica.

Si lograban arrebatarle la fortuna de Andrés, su ruina era casi inminente, porque su patrimonio agonizaba á consecuencia de los gastos exorbitantes que le proporcionaban sus vicios.

Román, loco de furor, maldecía su suerte y se desesperaba por no haber tenido el suficiente saber para prevenir el caso que ahora le amenazaba.

Si cuando se convenció de que Andrés vivia no hubiese hecho otra cosa que averiguar su paradero, á esta hora

todo estaría terminado y tendría que luchar tan sólo con una mujer, con Blanca, de quien fácilmente triunfaría.

Aquel hombre no se perdonaba que su hermano por su causa y delación no hubiera sufrido la pena de muerte que sobre él pesaba.

¿Cabe mayor crueldad? ¿Es posible hallar un corazón más pervertido? ¿Unos sentimientos más criminales que los del marqués?

Cuanto más pensaba Román, más se convencía de que si quería retener su fortuna, no tenía otro remedio que encontrar á Andrés y denunciarle. Luego ya vería él el medio de que Blanca renunciase de grado ó por fuerza á la herencia.

—¿Cuando en mi vida registro tantas criminales acciones,—se preguntaba Román,—he de renunciar á todo lo que constituye mi existencia por una falta mía?

Así pensaba aquel hombre con respecto de su hermano.

Como la cuestión no admitía espera y se hacía preciso adoptar una resolución, Román no salió de su casa aquella noche y la pasó meditando sobre el partido que había de tomar.

Despuntaba el nuevo día, cuando el marqués pudo conciliar el sueño.

En su pensamiento quedaba arraigada una idea, fruto de sus meditaciones. Era la sentencia de muerte de Andrés.

A la una de la tarde Román se vistió, mandó preparar el carruaje en tanto almorzaba, y poco antes de las dos ya estaba en la calle.

Tenía meditado su plan. Anselmo, el asistente, le descubriría el paradero de su hermano Andrés. Luego que supiese donde hallar á éste podía adoptar una de estas dos soluciones: á proponerle la emigración á cambio de su fortuna salvándole así la vida, ó denunciarle sin ningún género de miramientos, porque la sentencia que pesaba sobre su cabeza se cumpliese.

Por ambos medios se llegaba al fin que Román perseguía.

Resuelto á poner en práctica su pensamiento, el marqués de Moratalla se hizo conducir en su carruaje al Saladero, y después de celebrar una ligera entrevista con el alcaide de la cárcel, uno de los empleados le llevó al calabozo donde estaba Anselmo.

Al entrar en aquel miserable aposento Román hizo que se retirase el empleado, y dirigiéndose después á Anselmo que con los ojos encendidos por la ira lo miraba fijamente, le dijo con acento reposado y tranquilo:

—Vengo para que hablemos despacio.

Dicho esto Román cerró la puerta y fué á colocarse frente por frente al preso.

—Señor marqués,—dijo Anselmo conteniendo no sin grandes esfuerzos la ira que rebozaba su corazón.—Nada tenemos que hablar.

—Eso crees tú; pero te equivocas,—repuso el marqués, —y la prueba de ello es que he venido.

—Pues yo le ruego que se retire,—insistió Anselmo.—Entre el verdugo y la víctima no hay conversación posible.

—Gracias, hombre, por la lisonja;—dijo Román sonriendo.—Pero como comprenderás, he venido para algo más que para oir tus quejas, y es preciso que hablemos como dos hombres de juicio. Vamos á ver, ¿cuándo te dió mi hermano la carta para mí y dónde?

Anselmo al oir esta pregunta sonrió á su vez; pero su sonrisa llevaba envuelto el desprecio que sentía hacia el marqués, y con tono irónico contestó:

—¿Ha olvidado usted, señor marqués de Moratalla, que estoy aquí por falsificador y por intento de estafa? ¿Acaso no recuerda usted que su denuncia estaba hecha en esa forma?

—No lo he olvidado,—respondió Román contrariado por aquella respuesta y molestado por el tono del preso.—Pero tú sabes que obré así en bien de mi hermano.

—¡Quién puede dudarlo, conocido el interés que por mi capitán usted se toma!—exclamó Anselmo en el mismo tono mortificante que antes empleara.

Román sentía herido su orgullo y necesitó acudir á toda su paciencia para no descargar algunos bastonazos sobre aquel bribón que le estaba insultando. Sin embargo se dominó, y repuso con fingida naturalidad:

—Así es; pero todo tiene remedio y esto lo tendrá tan pronto como yo celebre una entrevista con tu amo. ¿Dónde podría yo ver á mi hermano?

Esta pregunta la hizo el marqués como si no tuviera la menor importancia.

Esperaba que Anselmo se apresuraría á manifestarle cuál era el paradero de su hermano, tanto más cuanto que ya se había cuidado el marqués de hacerle ver que de aquella conferencia saldría acordada la libertad del preso.

Su sorpresa fué, por consiguiente, grandísima cuando Anselmo, siempre sonriendo irónicamente, le dijo:

—Pero, señor marqués, ¿cómo he de decirle que mi amo murió y que por tanto no puede vérsele á menos que se le desentierre?

—¡Ea, miserable!—gritó exaltado el marqués, —¿qué quieres burlarte de mí? Pues te juro que ha de pesarte...

—Calma, señor marqués de Moratalla,—dijo con imperturbable calma el preso poniéndose á la defensiva y en actitud poco tranquilizadora.

—¿Dónde pára mi hermano? —volvió á preguntar Román.

—En el cementerio de Avila,—contestó Anselmo.

—Pero ¿te has propuesto, mentecato, consumir mi paciencia?—gritó indignado el marqués.—Mi hermano vive: la carta que me llevaste era suya. ¿Por qué lo niegas?

Anselmo sacudió la cabeza con energía y clavando

una severa mirada en Román, se aproximó á su oído y le dijo:

—Obro así en bien de mi capitán.

—¿Luego confiesas que mi hermano vive?—dijo el marqués bajando también la voz.

—¡Para qué negarlo, cuando usted lo sabe mejor que yo!

—Entonces, ¿me dirás dónde puedo verle?—preguntó Román animado nuevamente por la esperanza.

—No, señor marqués; no se lo diré á usted.

—Piénsalo bien, Anselmo.

—Ya lo he pensado sobradamente; y por lo mismo no he de decirlo.

—Para él y para tí será el mal. Con tu silencio le pierdes.

—¿Y hablando le salvo?—preguntó Anselmo con ironía.

—Sí; le salvas y te salvas.

—¡Miéntes, marqués de Moratalla!—gritó Anselmo sin poder contener por más tiempo su indignación.

—¡Qué has dicho, miserable!—rugió Román precipitándose colérico, con el bastón enarbolado sobre el preso.

Este detuvo el golpe que iba á su cabeza, y quitando el bastón al marqués, le dijo con acento tan reposado, tan tranquilo al parecer que nadie hubiera creído que aquel hombre se hubiera atrevido un momento antes á mostrar tan grande energía.

—Señor marqués,—dispénseme usted,—los pobres no sabemos guardar las formas y...

—¡Canalla, si no fuese por el desprecio que inspiras, te arrancaría la lengua!

—Tome usted su bastón,—repuso con calma Anselmo.

Era la mejor contestacion que podia dar á las arrogancias de Román: devolverle el bastón que tan fácilmente le habia arrebatado cuando pretendió agredirle.

El marqués comprendió la lección y tomó el bastón sin decir palabra.

—Señor marqués,—dijo Anselmo á quien no se le ocultaba que se habia hecho dueño de la situación.—Si he negado la existencia de mi capitán, fué, como le he dicho, por su bien: y si oculto el sitio donde pára, es porque no quiero que al saberlo usted le molesten sus enviados como sucedió el dia en que tuve el honor de llevarle la carta de mi amo.

En buenas formas Anselmo acababa de lanzar la verdad al rostro del marqués.

Si la situación de Román no hubiera sido tan apremiante, ni tan decisiva su resolución de averiguar á toda costa el paradero de Andrés, habria renunciado á nuevas tentativas cerca de Anselmo.

Pero el marqués de Moratalla no veia otro camino que el que pudiera mostrarle el preso, y obcecado en la idea que le llevó al Saladero, se dispuso á poner en juego todos

los recursos que pueden influir en el ánimo de un hombre.

—Por la astucia no le venzo,—se dijo,—probemos otro medio.

—Oyéndote,—dijo el marqués de Moratalla,—se creería que yo odiaba á mi hermano y que procuraba su mal, siendo así que, por el contrario, lo que deseo y por lo que trabajo es por librarle del peligro que le amenaza.

Anselmo escuchaba al marqués fijamente y no trató de interrumpirle.

A su vez el noble asistente quería conocer hasta dónde llegaba el marqués en su maldad y descubrir sus planes para avisarle á Andrés de ellos á fin de que estuviera prevenido.

—Hoy,—continuó diciendo Román,—mis gestiones van por tan buen camino, que no dudo obtener el indulto de mi hermano, y para convenir en este punto es para lo que deseo verle.

Además,—añadió el marqués,—á ti puedo decirtelo porque eres un buen hombre, quiero tener una explicación con el capitán para dulcificar mi conducta con mi cuñada. Así pues, amigo mío,—dijo Román con tono afectuoso,—en tí confío. Yo sé que tú tienes buenos sentimientos, que posees un corazón muy leal y que, por lo mismo, no podrás negarte al favor que te pide el marqués de Moratalla, que es hombre agradecido y que confía en tu fidelidad y buen talento para apreciar la situación.

El medio de la imposición no había surtido efecto, y el

marqués, como se ve, acudía á la lisonja para seducir á Anselmo.

Román, que estaba dotado de un buen espíritu de observación, conocía las flaquezas y debilidades del género humano y sabía que la lisonja, esa tersa superficie donde la vanidad se refleja y ante la cual los hombres más soberbios se doblegan, es en ocasiones un arma poderosa.

El marqués de Moratalla en su accidentada vida se había servido mil veces de la lisonja para seducir á sus adversarios y siempre había salido victorioso.

Sabía que el nudo de la lisonja es á nuestros oídos lo que el brillo del oro á los ojos del avaro, que no hay puerta que se cierre si con ella se llama, que la lisonja es la gota de agua que taladra la pieza.

Mas de una vez el marqués de Moratalla, satisfecho del resultado que le había dado esta arma, se había dicho:

—Colón es un genio, porque andando por el mundo tropezó con América; á Newton se le hizo grande hombre porque descubrió la gravitación universal; Dante es inmortal porque paseando su ardiente pensamiento por los vastos dominios de su inmensa inteligencia vió con perfecta claridad su «Divina Comedia.» ¿Y qué hay de particular en esto? Colón encontró lo que estaba sobre la tierra, Newton lo que estaba en la Naturaleza, Dante lo que tenía dentro de sí mismo. ¿Qué suerte tiene encontrar lo que hay? La más pequeña lisonja tiene más mérito que cualquiera de esos tres grandes descubrimientos.

En el fondo, el marqués de Moratalla en sus himnos á la lisonja encerraba un gran fondo de verdad; porque es más difícil encontrar lo que no existe que lo existente y propia condición de la lisonja es hallar el talento en la necedad, la virtud en los vicios, la fuerza en la debilidad, la grandeza en la miseria y la sabiduría en la ignorancia.

Pero no es cosa de disertar, siquiera sea brevemente, sobre el arma que el marqués de Moratalla esgrimía contra la lealtad de Anselmo.

El preso era insensible á los halagos de la lisonja, y en las palabras de Román no vió otra cosa que lo que en el fondo ocultaban.

Cuando el marqués hubo terminado, Anselmo se limitó á decir:

—No puedo servir sus deseos, señor marqués. No sé dónde está el capitán.

Esta nueva decepción no desconcertó á Román.

Iba dispuesto á emplear todos los recursos para vencer y no abandonaría el campo sin agotarlos.

—No te creo, Anselmo,—repuso con naturalidad.—Si no por mi hermano, por su esposa sabrás dónde aquél se halla.

—No he visto á la señora desde el día en que usted me hizo prender.

—Pero habrás sabido de ellos por algún conducto,—insistió el marqués.

—Tampoco,—repuso Anselmo.

—Vamos, Anselmo, no seas terco, que por ese camino no se va á ninguna parte buena. Yo que tengo grandísimo interés en ver á mi hermano, quedaré agradecido á la persona que me indique el medio de encontrarle, y yo creo que, á un hombre como tú, joven todavía, no le vendrían mal algunos miles de reales para establecerse en cualquier parte y crearse una familia y vivir tranquilamente.

Anselmo sintió que sus mejillas ardían y una nube de sangre pasó por sus ojos.

Un tiro que á boca de jarro le hubieran disparado sobre el pecho, no le habría causado impresión más dolorosa.

Su nobleza de alma se rebeló contra aquel insulto, y con voz ronca por la ira y por la desesperación, exclamó, señalando á Román la puerta de su calabozo:

—Salga usted, señor marqués, salga usted y pronto, porque de lo contrario no respondo de mí.

—¿Qué dices?—preguntó el marqués, no sin cierta zozobra.

—Digo que se marche usted, si no quiere que se acabe mal esta entrevista. Digo que el pobre Anselmo, pobre

porque sólo cuenta con la noche y el día, no vende su conciencia á nadie; digo que es una infamia suponer á un hombre que es honrado, capaz de mancharse por un puñado de pesetas; digo, en fin, señor marqués de Moratalla, que ya basta de farsas, de insultos y de habilidades que no darán ningún resultado. Aunque me llevaran al palo, aunque el verdugo me apretara el cuello, no diria dónde está mi capitán, ¿lo entiende usted? Ahora márchese el señor marqués de Moratalla y no insista, porque sino, yo no sé lo que va á pasar aquí.

—Piénsalo bien, Anselmo.

—Lo tengo pensado.

—Mira que irás á un presidio.

—Mejor.

—Mira que yo puedo hacer que te maten á palos para vengar tus insultos.

—Haga usted lo que quiera. Eso sería acción digna del que denunció á su hermano á la justicia para robarle su fortuna.

—¡Miserable!

—¿Cuál de los dos será el miserable, señor marqués?

—Por última vez, Anselmo. ¿Dónde se oculta mi hermano?

—No lo sé.

—¿Es esa tu última palabra?

—Esa es.

—Prepárate á recibir el premio de tu lealtad.

—Ya lo espero.

—¿No lo dices?

—¡No!

—¡Miserable! día vendrá en que te arrepientas.

—No lo creo.

—Entonces sabrás quien es el marqués de Moratalla.

—Ya lo sé. Es un...

—¡Mentecato! calla.

—Usted lo dijo, señor marqués.

El marqués hizo ademán de precipitarse nuevamente sobre el preso; pero la actitud de Anselmo le hizo desistir, y abriendo la puerta del calabozo, desde ella dijo:

—Por última vez, ¿accedes?

—¡No!—contestó Anselmo con firmeza.

—Te pesará algún día,—exclamó el marqués.

Pocos momentos después, Román salía del Saladero ciego de furor.

La derrota había sido completa.

Un pobre asistente, un miserable criado, no sólo había destruído todo su plan, sino que encima le había insultado.

Román quiso aquella tarde vengarse del criado de su hermano.

—Poco he de poder,—se dijo,—ó ese miserable muere á manos de los cabos de vara de un presidio.

¡Pobre Anselmo! Si la Providencia no acudía en su auxilio, que cara iba á costarle su lealtad.

CAPITULO XXXIV

Dos amigos

Después de la entrevista que queda relatada en el capítulo anterior, ni Román ni Anselmo permanecieron ociosos.

El primero, desde la cárcel de hombres, se hizo conducir en su carruaje al Gobierno civil, y celebró una detenida conferencia con el gobernador.

El marqués de Moratalla iba á obtener de la autoridad de la provincia lo que no habia podido alcanzar de Anselmo.

Pero ya en el despacho del Gobierno varió de pensamiento, comprendiendo que él no podia hacer la delación de su hermano, y se limitó á pedir se le designase el más activo policía para ocuparlo en investigaciones de carácter privado, pero de grandísima importancia.

El gobernador hizo ir á su despacho al jefe de la sección de Vigilancia, y éste ofreció solemnemente al marqués que aquella misma noche se pondría á sus órdenes el mejor de los inspectores que tenía el cuerpo, con seis vigilantes á sus órdenes.

Efectivamente, aquella noche, Román recibía al inspector en su despacho y, después de cerrar las puertas, hizo sentar á aquél y en breves términos le expuso el objeto de su llamada.

Román acabó diciendo:

—Si usted me jura que á nadie, ni á sus jefes, ni á su familia, ha de manifestar la índole del servicio que me presta, fíjese usted el sueldo y el de las personas que han de secundarle en sus planes, y sobre eso, yo sabré á su tiempo lo que he de hacer.

El inspector ofreció al marqués guardar silencio, y entonces éste le reveló el nombre de Andrés, dándole todos los pormenores conducentes á su busca, facilitándole además un retrato del capitán.

Aquella misma noche el inspector y los seis vigilantes á sus servicios empezaron á remover todo Madrid en busca de Andrés.

Y cuando después de media noche el marqués de Moratalla buscaba descanso en el sueño para la agitada lucha de aquel día, sonreía esperando hallar á su hermano.

—Estos lo hallarán,—pensaba.—Luego otro, no yo, será el que le denuncie.

Y durmió aquella noche tan tranquilo y satisfecho.

Imposible parece que existan seres como el marqués de Moratalla. Y sin embargo, ¡hay tantos!

Desde que Román salió del calabozo donde tuvo su conferencia con Anselmo, éste no tenía otro pensamiento que el de comunicar á don Andrés lo ocurrido.

¿Pero cómo?

Desde luego el noble asistente pensó que el mejor medio era avistarse con Mendizábal; pero ¿cómo avisarle? Rafael, al despedirse de él, le había dicho las señas de su casa; pero Anselmo no se había fijado en ellas.

Preocupado con esto, pasó dos días el criado de Andrés, hasta que al tercero la casualidad hizo que se informara de lo que tanto anhelaba.

Encontrábase Anselmo en uno de los patios del Saladero, cuando vió llegarse á él á uno de los cabos.

—Vamos, mocito,—dijo el cabo echándole el brazo por encima del hombro.—No te podrás quejar de la suerte.

—No sé por qué digas eso,—repuso Anselmo.

—Vamos, hazte de nuevas. Si todos tuvieran un padrino como D. Rafael Mendizábal que les pagara la comida de la cantina y le enviara tabaco y hasta puros, ya se podía estar preso. Anda, llégate al rastrillo á recoger el tabaco. Supongo que por la noticia me darás un puro.

—Y media docena también si me contestas á unas preguntas que voy á hacerte,—dijo Anselmo.

—Desembucha, hijo, que ya estoy impaciente por ganarme los cigarros.

—¿Tú conoces á don Rafael?

—¿No he de conocerle? El fué quien me defendió, y mira si lo hizo bien, que en vez de doce años que me pedían me sacó tres solamente.

—¿Quieres ganarte un duro, sobre los cigarros?

—Yo me llamo queriendo. Pero ¿qué hay que hacer?

—Bien poco. Hacer que llegue una carta á manos de don Rafael.

—¿Y qué más?

—Eso solo.

—Entonces, venga la carta y el duro.

Esta escena ocurría poco antes de las once de la mañana, y aquella tarde, á las cuatro, Anselmo recibía la visita de Mendizábal.

—¡Cuánto me alegro que haya usted venido!—exclamó Anselmo al ver al abogado.

—¿Pues qué ocurre?—preguntó éste.

—Una cosa gravísima. El marqués de Moratalla ha venido á verme.

—¡Hola! ¿Y qué quería el marqués?

Anselmo refirió detalladamente todos los trabajos realizados por Román para arrancarle la confesión de dónde se ocultaba Andrés.

—No me extraña,—dijo Mendizábal después que se hubo enterado de todo.

El marqués ve que le arrancan de las manos la fortuna que él robó á su hermano, y quiere evitarlo descubriendo el paradero del capitán para delatarlo.

—Esa debe ser su intención.

—No lo conseguirá.

—¡Quién sabe!—objetó Anselmo.—De todos modos,—añadió el preso,—yo creo que sería preciso avisar á mi capitán de lo que ocurre.

—En eso mismo pensaba yo en este instante.

—¿Usted puede verlo, don Rafael? Yo me atrevería á suplicarle que fuera á verle y que le refiriese lo sucedido para que viva alerta. El marqués es muy mal hombre.

—Mañana mismo iré á conferenciar con don Andrés,—dijo Mendizábal.—En cuanto á usted, no tema por ahora las amenazas del marqués.

—Eso no me preocupa, don Rafael,—dijo el preso.—Tengo ya los huesos duros y ¡qué le vamos á hacer! aguantaré los palos como si fuese un burro.

—No, Anselmo. Felizmente en esta casa tengo conocimientos, y sobre todo, no somos tan pobres que no podamos emplear algunos duros en propinas para estas gentes. No regatee usted los obsequios á los empleados y pierda usted cuidado.

—¡Qué bueno es usted, don Rafael! —exclamó conmovido el asistente.

—Mucho mejor es usted, amigo mio.

Y después de oir Mendizábal algunos pormenores más que de su conferencia con el marqués Anselmo fué recordando, se despidió del fiel asistente reiterándole la promesa de que al dia siguiente iría á ver á Andrés.

—Realmente,—pensó Mendizábal,—la situación es grave y conviene no perder tiempo, Anselmo dice bien; lo mejor es dar cuenta á Andrés de lo que sucede y aun creo que debo proponerle que yo haga una visita al marqués.—¡Ah! —exclamó Rafael.—¡Qué deseos tengo de verme frente á frente con ese miserable! Decididamente mañana me voy á Fuente el Sax y espero que acordaremos algo práctico Andrés y yo.

A la mañana siguiente, Mendizábal emprendia á caballo el viaje á Fuente el Sax.

Hasta llegar al rio no cruzó el abogado de Andrés la palabra con nadie; pero una vez en la barca de Algete, el barquero Juan, á quien no dejó de llamar la atención aquel elegante viajero, le preguntó:

—¿Va usted á la fiesta del pueblo?

—¿A qué fiesta?—preguntó Rafael á su vez.

—¡Toma! ¿á cuál ha de ser? A la de Fuente el Sax.

—¿Es hoy la fiesta?

—Sí, señor; y buena que es.

Rafael no tenía grandes ganas de hablar y no añadió palabra; pero el barquero, que era bastante curioso y que sin saber por qué había supuesto que aquel caballero que iba á Fuente el Sax debía tener alguna relación con su huésped de pocas noches antes, le dijo:

—¿De modo que va usted al pueblo y no sabía que era la fiesta?

—Así es.

—Pues difícil va á serle hallar hospedaje.

—Ya le tengo.

—¿En casa de Tomás Romero?—preguntó el barquero en su deseo de averiguar á qué iba aquel caballero á Fuente el Sax.

—No sé,—repuso Mendizábal secamente.

—Dispense usted, caballero,—dijo el barquero, á quien la idea de que aquel sujeto pudiera ir en persecución de Andrés le mortificaba,—pero se lo he preguntado porque pudiera usted ir buscando á un caballero que ya no está allí. Hace tres días que se volvió á Madrid.

—¿Se llama don Andrés ese caballero?

—Precisamente.

—Entonces, vuélvame á la otra orilla,—dijo Mendizábal.

El barquero iba á obedecer, cuando pensó en que precisamente había tenido carta de su amigo el día anterior. Luego no era cierto que Andrés no estaba en el pueblo.

—¡Bah!—exclamó sin cuidarse de que el barquero le oía. ¡No ha de estar allí, si en su carta de ayer nada me decía!

El bueno de Juan el marino, al oir esto se tranquilizó y aun se permitió explicar á Mendizábal por qué había mentido en aquella ocasión.

Rafael agradeció la buena intención del barquero, y dándole una moneda de cinco pesetas, le dijo:

—Vaya, para que la mentira no resulte infructuosa.

Y emprendió la marcha hacia el pueblo donde, como el barquero había dicho, estaban de fiesta.

CAPITULO XXXV

La fiesta de la aldea

Las fiestas de los pueblos tienen cierto atractivo que encantan, sin duda por lo mismo que tanto se diferencian de las de las grandes capitales.

En éstas, la vecindad reemplaza al sentimiento, y aunque las fiestas resulten brillantes hay algo en ellas que no las hacen siempre del todo simpática. No parece sino que la levita cerrada y el sombrero de copa ó el lujoso vestido de raso, limiten la expansión y la alegria que no suelen ser enteramente compatibles con las exigencias de la etiqueta.

La fiesta del pueblo es más sencilla, pero más sincera, hay menos lujo, pero es más franca: la gente, menos seria y la alegria es más bulliciosa.

La cargante etiqueta se queda en las capitales.

No se atrevería á presentarse en el modesto villorio donde se encontraría tan encogida y avergonzada como pudiera estarlo un baturro en una recepción palatina.

Es verdad que las calles están mal empedradas y que no hay aceras; pero en ese día cada vecino ha limpiado su trozo de calle y aparecen éstas limpias como patenas.

Es verdad que ni cubren toldos la carrera para la procesión, ni se ven damas encopetadas en las aceras; pero en cambio las calles se ven ocupadas por lindas muchachas que lucen sus modestas galas y por arrogantes mozos que aprovechan la oportunidad de la fiesta para hacer vibrar las cuerdas de la guitarra y para iniciar algunos de esos convenios que terminan siempre escuchando en la parroquia unos cuantos latines que ellos no entienden; pero que saben á dónde van á parar.

¿Qué importa que la procesión, el gran número de la fiesta, no vaya acompañada por comisiones de emplados, por representantes de las corporaciones, centros y socie-

—No deseo otra cosa, señor de Mendizábal.

—Partiendo del supuesto de que los trib

cilar siquiera, han de dar fallo en favor de mi cliente, ven-

go á decirle al señor marqués de

en involucrar esta cuestión dando trabajo á la policía para

que busque en vano á cie

recordarle que no es de hombres piadosos, ni cristianos,

ni de honor, turb

—¿Que dice usted?—exclamó el marqués de Moratalla

levantar

—Nada mas que lo que usted se ha dignado o

marqués. Y como mi visita no tenía otro objeto que ese,

ruego á usted que me permita retirarme.

—Poco á poco, señor de Mendizábal,—gritó Román.—

Esas palabras reclaman una exp

—¿Para qué, señor marqués, si he sobrado me ha comido sobre mo ha

prendido usted?

—Hablemos claro, señor Mendizábal.

—Hablemos como usted quiera.

—Usted sabe que mi hermano vive.

—Sí, señor; y por lo mismo, no veo en qué puede usted fundarse para retener en su poder una fortuna que no le pertenece.

—No tengo que dar á nadie cuenta de mis actos.

—Eso es mucho decir, señor marqués. Con el testamento y sin él, los bienes que está usted disfrutando no le pertenecen. Y ¿cómo tiene usted valor de decir que á nadie ha de dar cuenta de sus actos?

—¿Y con qué derecho toma usted parte en esta cuestión?

—Con tres, por lo menos. Con el que me dá la amistad que me une á D. Andrés Muñoz, con el de abogado de su esposa doña Blanca, y, sobre todo, con el derecho de hombre honrado.

—¡Señor Mendizábal!—gritó Román.

—Señor marqués,—repuso Rafael con energía,—no olvide usted que está en su casa y que no soy sordo.

—Acabemos; sin perjuicio de que esta cuestión la ventilemos más tarde y de otro modo. ¿Qué es lo que usted se proponía al venir á esta casa?

—Ya se lo he manifestado antes.

—Pues bien, como supongo que usted deseará tener una contestación, voy á dársela.

En cuanto al pleito, éste seguirá sus trámites y los tri-

bunales fallarán como estimen de ley. Y por lo que respecta á sus advertencias, sólo tengo que decirle que obraré como estime conveniente, y si me parece, yo mismo haré la denuncia de mi hermano. Hemos terminado.

Y Román, ciego de furor, oprimió un timbre que tenia á su alcance.

Casi instantáneamente apareció un criado.

—Acompaña á este caballero,—dijo al sirviente.

—Un momento, señor marqués,—dijo Mendizábal, á un tiempo que hacia ademán al criado para que esperase.

Luego, con voz segura y pausada, repuso:

—Hace un momento ha dicho usted que esta conversación la seguiríamos en otro terreno.

Ha dicho usted bien. El día que usted haya devuelto la fortuna que retiene en su poder de mala manera, el día que haya usted cumplido con sus deberes de caballero, ese día, señor marqués, no se olvide de Rafael Mendizábal, hermano de un hombre mil veces más digno que usted, y que por su causa se arrancó la vida.

Ahora, adiós, ó hasta la vista, señor marqués de Moratalla.

Román hizo ademán de arrojarse sobre Rafael; pero un gesto de éste lo contuvo.

Entonces, Mendizábal, señalando con digna actitud la puerta, dijo al criado:

—Salgamos.